

La Esfera



Año I * Núm. 51

Precio: 50 cénts.



EL ABAD, por Oroz



Si los antiguos
hubieran conocido
el jabón **HENO** de **PRAVIA**
los pebeteros hu-
bieran sido inútiles

A. Ehrmann.

Año I

19 de Diciembre de 1914

Núm. 51

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



LA EMPERATRIZ DE RUSIA, ALEJANDRA FEODOROVNA
Vistiendo el uniforme de coronel del regimiento de Lanceros de la Guardia, que lleva su nombre

DIBUJO DE GAMONAL



Golfos haciendo "cola" en los alrededores de la Casa de la Moneda para presenciar el sorteo de Navidad

DIBUJO DE OLIVERA

DE LA VIDA QUE PASA ESPERANDO Á LA FORTUNA

Por cultivar la actualidad, por entretener al lector, por el afán gacetillero de hacer interesante y curioso lo vulgar, y, acaso, porque la mediocre vida madrileña y la ramplonería en que va cayendo nuestra política y el escaso interés del público grande por las letras nos deja sin asuntos, estamos los periodistas amparando las costumbres más torpes, y aun convirtiendo muchas de ellas en tradiciones respetables.

Así, cada año, los periódicos diarios dedican su buena columna á contar al lector que en las verjas que rodean la entrada de la Casa de la Moneda, se enfilan en larga cola, desde la antevíspera del sorteo de Navidad, todos los golfos y desocupados y mentecatos que en Madrid hay, y como el hecho es baladí, el buen noticiero se cree obligado á hinchar el suceso, y allí salen los nombres de los valientes que ocuparon los primeros puestos, y allí las hazañas de sus vidas andariegas, y allí los arbitrios á que apelan para no aburrirse, y allí los donaires que se ocurren á sus preclaros ingenios... Es demasiado, queridos colegas. Se necesita un amplio criterio de licitud periodística para entender que todo eso debe contarse al lector porque es un suceso público, y aun así, se olvida que ese suceso se repite y se convierte en tradición, precisamente porque la prensa lo cuenta, y prepara con ello su repetición de un año para otro.

Se mantiene también, porque en Madrid se ha perdido completamente la noción de lo que es, ó debe ser, el decoro de la calle; acaso, porque esa libertad de hacer cada uno en las aceras y en el arroyo lo que nos da la gana, es la única verdadera libertad ciudadana que el pueblo estima y apetece, y los gobernantes nos han dejado.

El Ayuntamiento cree, aun siendo la llamada policía urbana una de sus funciones características, y costándole su organización buenos millares, que el decoro de la calle, el no tolerar en ella basuras morales, no es de su incumbencia; la policía estima que su misión es más alta ó limitada, acaso solamente á la delincuencia consumada y, en general, gobernantes y políticos creen ahora que este es un país dichoso y manso cuando se le deja vivir en un régimen de toda tolerancia.

Cuando el Estado no acierta á corregir y evitar la miseria, la incultura y la vagancia será una hipocresía social querer mantener rigidamente el decoro de la calle, no tolerando en ella la mendicidad y la prostitución y no concediendo á chulos y hampones la libre estadia en las aceras, pero es una hipocresía necesaria, ya que en Madrid es la calle la única escuela de costumbres que tenemos, y ahí es donde los niños pobres advierten los encantos de la vida picaresca y aprenden sus vicios, manteniendo y engrosando las generaciones de nuestra hampa libre, tolerada, consentida y aun amparada en sus derechos.

Así, sin esta perversión moral, á la que todos nos hemos acostumbrado y á la que los periódicos rendimos pleitesía muchas veces, esa cola de la Lotería de Navidad sería considerada una vergüenza, y sería deshecha á cintarazos por unas parejas de guardias. No se espantaría por ello á la Fortuna que va á llegar. Ninguno de los desdichados que acuden á pasar la noche en las puertas de la Casa de la Moneda tiene esperanzas en el azar que el Estado español ha convertido en uno de los ingresos de su erario.

Si en verdad el sorteo de la Lotería de Navi-

dad constituye un espectáculo para el que hubiera un público ávido de ver llegar á la Fortuna, simbolizada en el cantar de un número, es censurable que el Gobierno no coloque su aparato de tibur en el escenario de un amplio teatro ó de la propia Plaza de Toros, y recaudara, por entradas, una suma que podría gastarse en pan para los hambrientos, en juguetes para los niños pobres, ó en otros menesteres de caridad ó de cultura. Al cabo, sólo destinando sus productos á obras benéficas, se admite la licitud de las loterías en todos los países del mundo. En España misma nació para sostener asilos ó remediar graves apremios de la hacienda real, pero ya, admitido ese ingreso inmoral entre los impuestos indirectos, lo hipócrita es no atreverse á hacer contribuir al vicio que tantos casinos sostiene, y á tantos industriales enriquece y á tantos gobernadores deshonra.

En un periódico de Barcelona se ha asegurado recientemente que había una empresa dispuesta á dar trescientas mil pesetas anuales á la Beneficencia, por explotar el juego en la misma forma en que allí viene existiendo, sin ese provecho para los pobres. Economistas muy experimentados calculan que la reglamentación de las explotaciones del azar podrían producir á la Hacienda pública muy cómodamente doce millones de pesetas cada año. No se salva con esa cifra nuestra Hacienda, pero con ella pueden construirse muchas escuelas, compensar con bienes los daños del vicio... Con ella, podría acabarse con esa ridícula vergüenza de que cada año pase una noche en vela un centenar de desaparrados y hambrientos, esperando á la Fortuna, que no puede llegar para ellos.

DIONISIO PÉREZ

GALDÓS Y "LA ESFERA"



Si para LA ESFERA el recuerdo honroso que Galdós le ha dedicado es motivo de júbilo y de orgullo, para estos «dos hombres modestos y laboriosos» á quienes Galdós cita y para quienes pide un público homenaje, es causa de honda preocupación y aun de discreto sonrojo. El patriarca de nuestras Letras, el abuelo-joven, como á sí mismo se llama, sabe bien que ningún sentimiento humano encarna tan difícilmente en la palabra, como la gratitud. Mientras más grande é inmerecido se estima el favor recibido, más difícil es pagarlo con fórmulas retóricas; mientras más honrado y más sincero el agradecimiento, más se lucha con la imposibilidad de expresarlo de modo que se le vea tal cual es. La verdadera gratitud es como la oración: apenas se la balbucea en los labios y asciende hasta el cielo.

¿Qué hemos hecho nosotros para merecer este honroso recuerdo del Maestro? Queremos justificar con toda sinceridad ante nuestra propia conciencia este inesperado enaltecimiento de nuestra labor, como si hallándolo justificado, nos creyésemos ya merecedores del homenaje que se nos ofrece, y no encontramos otro título que presentar ante nuestros compañeros, los escritores y dibujantes que han sido cooperadores de esta obra, y ante nuestros obreros que han llegado á supremos perfeccionamientos en las artes gráficas, y ante el público que nos ha llevado al éxito con su concurso; no encontramos, repetimos, otro título que aquel honrosísimo que el mismo Galdós nos señala: «hemos sido modestos y laboriosos».

En estas palabras de Galdós se condensa una larga historia de muchos años de luchas humildes y precarias, de trabajos porfiados y tenaces, de constancia y asiduidad, de ensayos y tanteos que el público no conoce, de estudios y afanes cuyo relato apenas tendría interés porque constituirían una historia vulgar; porque en España son muchos, son legiones los que en diversos órdenes de la actividad, en la industria, en el comercio, en la enseñanza, en las artes y en las ciencias han sufrido iguales penalidades y amarguras, sin desmayar un solo día y han logrado crear, como nosotros, empresas, fábricas, núcleos de actividad y de trabajo que enaltecen á su país.

Hemos tenido fe en nuestra labor; disponiendo de estos poderosos órganos de publicidad que hoy se llaman *Mundo Gráfico* y LA ESFERA, y que llevan la actualidad y la cultura española á las más apartadas regiones en que se conozca el habla de Castilla, jamás pudimos pensar que pudieran producirnos otro halago ni otro enaltecimiento que el de ver reproducido y multiplicado, en el éxito material, nuestro tenaz esfuerzo. Y si halagos espirituales hubiésemos deseado, nos hubiesen parecido proporcionados á nuestros merecimientos, ya que no excesivos, la honrosa camaradería en que han querido vivir con nosotros los escritores y artistas más ilustres, y el amparo que á nuestro lado tuvo la juventud de soñadores que en las Letras y en las Artes prepara á España un espléndido renacimiento intelectual. Para ellos, para su prestigio y nombradía quisimos conquistar la voluntad

del público y sujetar su curiosidad á nuestros periódicos.

Por esto mismo, por que fuera de este ambiente no aspiramos nunca á recompensa alguna, nos obliga más y hace más esclava nuestra gratitud, el recuerdo que Galdós nos ha dedicado. Así, con honda preocupación y con discreto y confesado sonrojo, aceptamos el homenaje que el maestro nos ofrece. Lo aceptamos para nuestros periódicos *Mundo Gráfico* y LA ESFERA, que representan los pensamientos y esfuerzos de toda nuestra vida; lo aceptamos para nuestros colaboradores, los escritores y artistas ilustres que honran asiduamente estas páginas; lo aceptamos para nuestros obreros, que participan de nuestra fe y no desmayan estudiando los procedimientos de las Artes Gráficas, en las que igualan y superan á los de los países más adelantados; lo aceptamos, en suma, como homenaje á la cultura española por cuyo aumento y difusión hemos trabajado todos. Y, después del espléndido regalo que para nosotros representa el recuerdo que Galdós nos ha dedicado, y después de las cariñosas frases con que han honrado nuestras vidas los periódicos madrileños, nosotros seguiremos siendo dos hombres modestos y laboriosos, que estamos bien seguros de que en estas cualidades y no en otras, se nos quiere enaltecer, enalteciendo con ello á cuantos en España sienten fe y aman el trabajo.

FRANCISCO VERDUGO

MARIANO ZAVALA



LA BRUJA BLANCA

FOT. DE LECUONA

¡Bruja blanca, blanca luna,
está enferma el alma mía
porque me besó en la cuna
tu boca de hechicería!

Por tu sortilego encanto
mi alma en el sueño se pierde.
¡He soñado tanto, tanto
bajo tu mirada verde!

Por tu influencia enigmática
siento una pasión lunática
por esa extraña mujer

que aguardo día tras día,
que no he visto todavía
y á quien jamás he de ver.

Tu boca bruja fascina
y emponzoña cuando besa,
la boca cruel y felina
de tu cara de clownesa.

Madrina de los hechizos,
lámpara de la aventura,
maga de los bebedizos
y antorcha de la locura,

tu beso de hechicería
nos enferma de poesía
y de anhelos irreales.

y tus pobres ilunados
se hunden en los encantados
paraísos artificiales.

En los nocturnos jardines
nievas de plata el sendero,
deshojando los jazmines
del celeste jazminero.

A tus rayos azulados
brotan frutos venenosos
y cantan en los tejados
los gatos voluptuosos.

Tu verde beso fatal
nos enferma de ideal
con el veneno que encierra
y no hay esperanza alguna...
que el ideal es... la luna,
¡y nunca baja á la tierra!

EMILIO CARRÉRE

DEL ODOIO FRANCO-GERMANO PAISAJES EVOCADORES: TILSIT

En los primeros días de la actual contienda ruso-alemana, sonó el nombre de esta histórica ciudad prusiana, como ocupada por las tropas del Zar. La mayor parte de los comentaristas de la presente catástrofe europea, pasaron en silencio el nombre de Tilsit y solamente algunos dedicaron una rápida alusión a las célebres conferencias allí celebradas, entre el primero de los Bonapartes, el Emperador Alejandro de Rusia y Federico Guillermo III, de Prusia.

Y a fe que Tilsit merece un recuerdo. Quizá, como llevo dicho en otra parte, haya sido la cuna del odio inacabable entre galos y germanos, el sitio donde se manifestó, no latente, sino vivo y pujante. En Tilsit sufrió Prusia, en la persona de su desgraciado Rey, toda suerte de humillaciones y desdenes afrentosos, por parte de Napoleón.

A fe que el recuerdo era fácil a todos. Con haber hecho lo que yo (enemigo de engalanarme con inspiraciones ajenas) confieso haber hecho, se habría salido del paso muy gallardamente: hojear el libro *Quarante-cinq années de Ma Vie (1770-1815) de Louise de Prusse, princesse Antoine Radziwill*. Quien quiera conocer todos los detalles de aquellas famosas entrevistas, hojee el libro. Yo sólo pienso hacer un extracto de sus referencias.

Vayan, pues, los fragmentos más salientes de los *souvenirs* citados.

Habiendo Alejandro defendido los intereses de su aliado, y no queriendo separarlos de los suyos, Napoleón le dice: «Pero decidme, Sire, ¿qué razón puede impulsaros a tomar el partido de ese Rey y de esa Prusia?»

Elegida Tilsit, ciudad neutral, como lugar de las conferencias, Alejandro consigue que Napoleón acuda a tratar durante ellas, con Federico en persona. Solamente en dos pabellones de los destinados a los tres monarcas, se ven las iniciales N y A. La cifra F, omitida, probaba que el Rey de Prusia no era nadie para semejante atención.

En la primera conferencia todas las miradas de Bonaparte fueron para el Emperador, y al Rey de Prusia se le trató con la más grande insignificancia (textual). Al separarse el corso, invitó a comer al ruso, sin extender su invitación al prusiano que acababa de oírlo. Este presenta al Emperador francés varios generales. Napoleón dice una palabra a uno de ellos, y se marcha sin presentarle al príncipe de Murat y a los generales de su séquito.

Arreglado el armisticio, y en verdad, como el Rey lo había pedido, se invitó también a Federico a comer en Tilsit. Antes de empezar la comida, Napoleón le pide noticias de la Reina y de su hijo enfermo y añade: «Yo sé que la Reina me odia, mas espero que cuando nosotros hagamos la paz, haga también ella la suya.» El Rey replicó: «No es la Reina quien ha ofendido a Vuestra Majestad.»

Las comidas y las entrevistas se suceden. Napoleón guarda siempre, frente al Rey, un silencio absoluto sobre sus propósitos y sus intenciones.

Federico Guillermo, a quien se ha hecho creer que su reserva, causada por su timidez, era interpretada por Napoleón como prueba de desconfianza y animosidad, muy desagradables, intenta hablar de proyectos de paz y de las bases sobre que quisiera asentarla. Sólo logra respuestas evasivas como esta: «En cuanto a Polonia, será preciso darle un Rey que no haga sombra a Austria ni a Rusia.»

Napoleón por su parte, en las comidas, sólo habla allí de cosas ajenas al motivo de las entrevistas y hace preguntas tan embarazosas como éstas: «¿Cuánto os reporta el impuesto sobre el azúcar? ¿Cuánta piel vendéis al año? ¿Perdéis o ganáis en tal o cual artículo de administración?» Al Rey de Prusia, ni una palabra.

Todo el mundo, en la creencia de que la afabilidad, la dulzura y la gracia de la Reina prusiana lograrían más que los diplomáticos, y de que su presencia era grata a Napoleón, convenía a Federico para que llame a su esposa. La Reina parte hacia Tilsit.

Entretanto el escrito conteniendo las ideas de Napoleón respecto a las bases para la paz se

ha dado a conocer: las proposiciones son espantosas. Se trata de que Prusia pierda las provincias del otro lado del Weser y del Elba, la vieja Marca, la Silesia y la Prusia meridional, para aumentar los Estados del Rey de Sajonia, con aquellos despojos.

Rusia empieza a ceder en su interés por Prusia. El deseo de paz gana terreno en aquella nación, que, además — dice la autora del libro que estoy extrayendo — *está más encantada aun, con el fin de su coalición con Prusia.*

La Reina de Prusia está ya frente a Napoleón I. Se le había indicado los puntos que debía tratar en su entrevista.

El diálogo empezó así: —Sire, sé que me habéis acusado de mezclar-me en política...

—¡Ah! Señora, no lo creáis...

—No, Sire; yo debo explicaros el paso que doy en este momento...

—No temáis que yo preste oído a insinuaciones calumniosas.

—Sire, yo soy esposa y madre, y con estos títulos os recomiendo la suerte de Prusia, país al que tantos lazos me unen y del que hemos recibido tantas y tan conmovedoras pruebas de adhesión. El Rey ama la provincia de Magdeburgo más que a ninguna otra; la orilla izquierda del Elba que Su Majestad Imperial se le lleva en las primeras proposiciones. Yo apelo, pues, a vuestro corazón generoso, y de él espero, de él pido gracia.

—Vos, estaréis encantada, Señora, de volver a veros en Berlín.

—Sí, Sire, pero no en esas condiciones. Depende de Su Majestad Imperial hacernos volver sin dolor y que le debamos nuestra adhesión y nuestro reconocimiento.

—Señora, yo me consideraría, ciertamente, muy feliz... Llevais un vestido soberbio. ¿Dónde os lo han hecho?

—En nuestra casa.

—¿En Breslau? En Berlín? Se fabrica el crespon en vuestros talleres?

—No, Sire... Pero Vuestra Majestad no me dice una palabra consoladora de los intereses que ocupan mi corazón en este momento, en que yo espero obtener de ella una existencia más feliz para todo lo que me es más querido. El corazón de Vuestra Majestad Imperial es demasiado noble; ella une a sus grandes cualidades un gran carácter para ser insensible a mis penas.

Napoleón la escuchaba con interés. La Reina veía en la expresión de su fisonomía algo de ternura, un rasgo de bondad en su boca y en su sonrisa que presagiaba su éxito, cuando la entrada del Rey interrumpió el diálogo.

Cuando después vió al Emperador de Rusia, le dijo: *El Rey de Prusia ha llegado muy oportunamente. Si llega a tardar un cuarto de hora más, yo hubiese prometido a la Reina todo lo que hubiera querido...*

Pero la Reina que sólo atenciones muy delicadas recibía de Napoleón, halagada por la buena acogida, fué indiscreta; en vez de hablar como esposa y como madre, comenzó a explicar en qué se basaban las aspiraciones del Rey su esposo. Tales provincias eran necesarias por razones comerciales; tales otras por abastecer a Berlín. Y se perdió.

Napoleón eludió toda respuesta, y hasta se permitió una ironía tremenda que parecía un estúpido cumplido: *Señora, se me había dicho que os mezclabais en política, y después de lo que os he oído, lamento que no sea así...*

A este cumplido siguió esta frase dicha a Alejandro de Rusia: «Esta Reina de Prusia es una



LA REINA LUISA DE PRUSIA

mujer encantadora. Su alma responde a su cara. Palabra de honor: en lugar de quitarle una corona dan ganas de poner una a sus pies.»

Ambos cumplidos corrieron de boca en boca y presagiaron un resultado feliz a las conferencias.

Desgraciadamente, los augurios mintieron. Las condiciones más humillantes fueron enviadas al Rey: la pérdida del país situado entre el Elba y el Weser, de la ribera izquierda del Elba, de las provincias de Sajonia, de la Silesia y de todas las adquiridas por el reparto de Polonia; no se le dejaba a Federico más que la mitad de su reino.

Después de hacer concebir tan buenas esperanzas, el golpe era más rudo y espantoso.

La entrevista siguiente fué tempestuosa. El Rey no pudo ocultar su indignación. Alejandro intentó en vano calmar los espíritus. Napoleón confuvo a duras penas su cólera.

En el momento de partir, la Reina dijo a Bonaparte: *Sire, ya os he expresado mi dolor.*

—Creed, Señora, que haré cuanto pueda para probaros el interés y la estimación que me habéis inspirado.

—Sire, todo depende de vos. Nuestra felicidad está en vuestras manos.

Napoleón le dijo adiós y ya no volvieron a verse.

En la conversación que precedió a la comida entre Napoleón, Alejandro y Federico, el Rey, que nunca hallaba ocasión de hablar de sus propios intereses por que el de Francia eludía tratarlos, tomó la palabra y habló con calor y amargura de las condiciones humillantes que se le prescribía. Napoleón, después de haberle escuchado, replicó: *Está en mi sistema debilitar la Prusia; yo quiero que ella no sea nunca una potencia en la balanza política de Europa.*

Dos notas curiosas para concluir este extracto:

Desde que el Emperador Alejandro se estableció en Tilsit, Napoleón le dijo: *Vendré a tomar el té con vos.* Todo estuvo listo. Alejandro sirvió el té, pero la taza de Napoleón continuó intacta sobre la mesa. Al día siguiente, lo mismo. Al tercero, Alejandro preguntó a Bonaparte si quería té: «Sí, dentro de una hora. Más tarde—respondió—. No me gusta el té caliente.»

Como el Rey de Prusia pidiese que a su representante para tratar de la paz, se le permitiese algunas negociaciones, Napoleón que se impacientaba con las dilaciones, le miró un rato y le dijo con amarga sonrisa: *Negociad si quereis, negociad dos años; yo no cambiaré por eso una sola palabra.*

El árbol del odio franco-germano estaba plantado en Tilsit.

Lo demás era cuestión de tiempo.

E. GONZÁLEZ FIOLE



EL AVANCE DE LOS ALEMANES Á TRAVÉS DE LOS CANALES DEL YSER, EN EL QUE PERDIERON MUCHOS MILLARES DE HOMBRES

Dibujo de Paul Thirlat



LA ESFERA

DEL EJÉRCITO ALEMÁN



HULANO BÁVARO EN UNA CARGA
(Dibujo de P. E. Messerschmitt)

ESCENAS Y COMENTARIOS DE LA GUERRA



Artillería alemana atacada por las tropas belgas, al vadear un pequeño río

Júzguese como se quiera la actuación de Bélgica en el presente conflicto armado—actuación que para unos merece el calificativo de locura heroica, totalmente estéril, mientras en sentir de otros es alto ejemplo á imitar por toda nación cuyos derechos sean violados,—hay un hecho de grandeza innegable y que atrae sobre ella la admiración del mundo, sin excluir á los mismos vencedores. Ese hecho fué la épica lucha sostenida durante las cuatro ó cinco primeras semanas de la guerra por un país que no estaba conceptuado como potencia militar, contra la primera nación marcial de Europa. Un ejército de 200.000 soldados, rápidamente puesto en pie de guerra y sin la práctica militar suficiente, hubo de contener el monstruoso empuje de dos millones y medio de hombres maravillosamente adiestrados para la guerra; y esa barrera de acero ha ido disputando el territorio palmo á palmo, pulgada á pulgada, jalonando su resistencia asombrosa con millares de muertos gloriosos, hasta dar tiempo á la hermana Francia para terminar su moviliación y acudir á la defensa de sus regiones, amenazadas por la invasión germánica. Páginas hermosas ha escrito en su historial ese ejército, acudiendo, desde que se iniciara la invasión á los múltiples puntos amenazados, y realizando al mismo tiempo, desde los fuertes de Namur, una de las defensas más brillantes que ha registrado la guerra actual. Y preciso es reconocer que no sólo ha acreditado el ejército belga una eficiencia marcial completa, sino que se presentó desde el primer momento en los campos de bata-



Lanceros de la Muerte del Ejército alemán
DIBUJOS DE BRUNET

lla, armado y equipado, como el más perfecto de los organismos europeos, y provisto, además, de cuantos elementos auxiliares de campaña se consideran hoy como indispensables para una buena dirección de las operaciones. Especialmente los servicios de aviación y de automovilismo, este último con aplicación á las exploraciones y descubiertas, dotado de armas de tiro rápido, han realizado positivos beneficios coadyuvando al éxito de las armas de los aliados. Hoy ese ejército belga, casi aniquilado, hace sin embargo una postrera y rotunda afirmación de existencia, combatiendo en la última parcela del suelo patrio, en la vieja Flandes, junto á los aliados, y todavía en las sangrientas jornadas del Yser realizó hazañas tan hermosas como la de conquistar en brillantísimas cargas á la bayoneta las casi inexpugnables posiciones levantadas por los alemanes en la orilla occidental del trágico río cuyas aguas se han teñido de rojo innumerables veces. Uno de nuestros dibujos se refiere á esa proeza, mencionada con unánime y caluroso elogio por el Estado Mayor francés y por la prensa de los países aliados. También publicamos una interesante nota artística de los famosos «Húsares de la Muerte», que forman parte de la Guardia Imperial. De las primeras tropas enviadas á la guerra, ellas tuvieron que resistir el furioso empuje inicial de la lucha contra los belgas. Por eso sus bajas han sido numerosísimas hasta el punto de habersé tenido que renovar el cuadro de su oficialidad, casi enteramente destruido, al decir de los telegramas ingleses.

UNIDOS POR EL DEBER Y EL DOLOR



SARGENTO DE ARTILLERÍA FRANCESA Y SOLDADO BRITÁNICO, HERIDOS DE GRAVEDAD Y ABANDONADOS EN UN BOSQUE, EN DONDE FUERON DESCUBIERTOS POR UN PERRO DE LA CRUZ ROJA

DEL AMOR Y DE LA GUERRA LA TRAGEDIA SILENCIOSA

UNA dilatada permanencia en París, á partir del periodo juvenil, que hace fácil la aclimatación espiritual en país extraño, había encariñado á Otto Haffner con Francia. El convivir con seres diferentes de su raza, más expansivos, más alegres y más frívolos, fué insensiblemente curándole de una cierta propensión á la melancolía que empañaba su carácter desde la niñez.

De adusto se tornó comunicativo y si no perdió del todo la tímida reserva que le distinguía en los primeros años de su estancia en París, contrajo una soltura de modales muy parecida al desenfadado y muy á tono con el modo de ser francés.

Su vida, por otra parte, transcurría tranquila y monótona. Llevaba la correspondencia alemana en una casa de banca puntualmente y en las horas ociosas procurábase un suplemento á su sueldo en Bolsa negociando, á nombre de otra persona, sobre los valores comerciales en circulación.

De fanatismos nacionalistas le había purgado París, sin que él se diese cuenta. El trato social, las lecturas y sobre todo el ambiente cosmopolita de la gran urbe latina, habían dado á su espíritu esa laxitud un poco escéptica que, preservándonos del entusiasmo, nos consiente ver sin amor y sin odio todos los prejuicios de los hombres, como si presintiésemos su inofensiva fragilidad. A la larga, pues, Otto Haffner, concluyó por ser humano, esto es, un hombre apto para vivir en todas partes, sin daño suyo ni menoscabo del prójimo.

Aunque no ignoraba el sordo rencor de Francia contra su país desde el desastre del año 70, suponía que el tiempo, inexorable demolidor de todas las cosas, iría disipándolo, y la posibilidad de que los pueblos rivales concluyesen por aliarse, no le parecía, ni mucho menos, un absurdo.

Discurriendo á solas consideraba irracional la persistencia de aquel odio. A ratos se hacía árbitro del pleito, y llevado de un vehemente anhelo de conciliación, lo resolvía á su manera, devolviendo la Lorena á Francia y dejando que Alemania conservara la Alsacia.

Ese punto de transacción se le figuraba á Otto Haffner ser el más equitativo y eficaz. Si su voz hubiera podido ser atendida en las cancillerías, de seguro que el litigio hubiera sido fallado con aquella medida que él, candorosamente, reputaba justa.

A menudo, sobre todo cuando el tono destemplado de los periódicos de los países rivales le hacía barruntar un peligro de ruptura, Otto Haffner dábale á urdir planes conciliadores que le sorprendía y le irritaba no ver triunfantes en el mundo diplomático. Pero—se preguntaba en sus febriles soliloquios—¿es que no piensan los hombres de gobierno en estas cosas? Entonces ¿por qué dejan sueltas esas corrientes de odio entre pueblo y pueblo, que sería tan fácil frenar?

Luego, remontándose al pasado, reconocía que el culpable de aquel aborrecimiento latente entre las dos naciones vecinas, era Bismarck. Si el canciller, en vez de imponer al vencido una amputación del territorio, herida irremediable del amor propio francés, se hubiese contentado con exigir una crecida indemnización de guerra, el tiempo, borrando el recuerdo de la derrota que nada tuvo de humillante, hubiese hecho, no ya posible, sino fácil, la reconciliación y la alianza.

¡Francia y Alemania unidas! ¡Qué hermoso sueño! El concierto del espíritu y de la fuerza, de la gracia y del vigor; la fusión de las mejores cualidades latinas y de las más altas virtudes germánicas. ¿Podría ser eso realidad algún día?

No obstante la cerrazón del horizonte internacional, Otto Haffner hacía en ocasiones la ilusión de ver aquella luz de esperanza, que le confortaba el ánimo. Una circunstancia, fortuita como todo lo que decide nuestro destino en el mundo, vino á arraigar aquellos sentimientos.

El joven germano, que había conocido á una muchacha francesa, en una aventura entre sentimental y libertina, se aficionó tan vivamente al trato de aquella mujer, que tras de varios meses



de intimidad sin hipocresías ni trabas, que le permitieron estudiarla por dentro y entrever lo que pudiera ser en lo futuro, la dió su nombre sencillamente, sin solemnizar demasiado aquel paso, ni hacerle sentir, con exhortaciones redentoristas, el peso del sacrificio que acababa de realizar, olvidando el bohemio pasado de aquella mujer.

La sanción legal y religiosa de aquel amor que engendró el azar de una aventura juvenil, no alteró poco ni mucho los hábitos de la pareja. Nada tuvieron que revelarse que no supieran el uno del otro. No sobrevino en la casa más que un cambio superficial; el de que Marcelina se transformase en madame Otto Haffner, sin sorpresa de nadie, porque en la vecindad no se la conocía por otro nombre.

Ella desmentía, por su belleza, el tipo común de la mujer parisiense. Era morena y aunque de talle espigado, metida en carnes. De sus ojos oscuros y grandes irradiaba una luz entre apasionada y maternal, como una caricia, que era, al mismo tiempo, voluptuosidad y consuelo. Vestía con tan instintiva elegancia, que cualquier trapo que pendiese de su cuerpo parecía un acierto de modistería.

Su pasado había sido más doloroso que denigrante. Sintiendo muy temprano, en plena adolescencia, vocación de actriz, había caído, por sorpresa, en los brazos de un hombre ya maduro, que trabajaba en un teatro de segundo orden, el cual la sedujo, no por sus prendas personales, que así en lo físico como en lo moral dejaban bastante que desear, sino con los oropeles escénicos, exhibidos al resplandor de las candelillas.

De aquella iniciación amorosa conservaba mediano recuerdo. Fué un periodo de corrupción precoz, amenizado por alguna que otra ráfaga sentimental en el que hubo, por parte de Marcelina, más resignación pasiva que perversidad. Si en la aventura puso la flor de su inocencia, su alma estuvo casi siempre ausente de aquellas prematuras depravaciones que la impulsó, sin consultarla, su destino.

La ilusión de la carrera dramática entraba por mucho en la adhesión de Marcelina al comediante, pero como transcurriese el tiempo y él, roído por los celos, que en la madurez de la existencia son la más grande tortura del corazón humano, fuese defiriendo el cumplimiento de su palabra de franquearle las puertas de la escena, ella, que en el fondo no amaba á aquel hombre, desató el vínculo clandestino que los ligaba, huyendo de su lado.

El histrión, desesperado, no se ahorró á sí mismo ninguna humillación por rescatarla. Hostigado por una honda nostalgia voluptuosa que le encendía la sangre al evocar las dulcedumbres compartidas en la intimidad, la persiguió y la acosó sin tregua, pronto, por reconquistarla, á divorciarse de su mujer y al abandono de sus hijos, si ella exigía aquel sacrificio.

El espectáculo de aquel hombre ventruco, encanecido, que la asediaba llorando á sus pies, y sobre todo la manida fraseología de residuos teatrales, con que le expresaba su amor, llegó á hacersele tan intolerable, que concluyó por alejarse de París una temporada, creyendo desistirse. La partida de Marcelina fué inútil. El cómico se desvivió hasta dar con su paradero, y un día, de improviso, hallóse la muchacha con que tenía delante aquel pobre hombre que imploraba las paces con acento sollozante. Como ella se mostrase más retraída y esquiva que nunca, él llegó á amenazarla con el suicidio. Aquel arranque trágico, que trascendía á teatro, en vez de conmover á Marcelina, suscitó risa; una carcajada que no fué dueña de reprimir. Entonces él, mudo de estupor, y más humillado que nunca, se alejó engallando el tronco para recobrar una actitud de dignidad. Así acabó aquel episodio juvenil de Marcelina, en el que fué ajada la flor de su inocencia...

Una tarde llegó Otto á casa más preocupado que nunca. Su mujer, alarmada, atribuyó, sin embargo, aquella taciturnidad á algún quebranto en los negocios, á algún disgusto mercantil. Indiferente á las vicisitudes de la política, que no la interesaba poco ni mucho, Marcelina no leía de los periódicos más que los cuentos, el folletín y las revistas de modas. Por desentenderse de todo lo demás, no había podido advertir el tono en que se expresaba la prensa de París, comentando la posibilidad de un rompimiento con Alemania.

Su marido, que no obstante aquel calor periodístico, que ya se había producido otras veces, confiaba en que el conflicto no estallase, no quiso inquietarla con el anuncio de un peligro que acaso no fuera imposible de conjurar.

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?—le preguntó con cariñosa solicitud, apenas se pusieron á la mesa.

—Pues, que en Bolsa ha corrido esta tarde la noticia de que la guerra es un hecho... El Kaiser ha mandado el *ultimatum* á Rusia...

—Bueno; á Rusia... Pero, eso ¿qué nos importa?...

Otto clavó una mirada de extrañeza en su mujer.

—Hija mía, ¿no comprendes que la guerra de Alemania con Rusia es la guerra de Alemania con Francia?...

La angustia velaba su voz al enunciar la tremenda realidad del hecho. Marcelina, conmovida, no supo qué contestar. Tenía tal fe en las palabras de su marido, en lo que él pensaba y decía, que al oír la terrible afirmación creyó asistir al rompimiento de las hostilidades. El otro, callado también, meditaba. El destino acababa de plantearle un conflicto, cuyas consecuencias, probables para él, no se atrevía á abarcar con el pensamiento. Sus dos patrias, la patria en que naciera y la patria que le hacía



feliz, iban á chocar y á destrozarse, por designio de la fatalidad. Y cuando el temido encuentro sobreviniera ¿qué iba á ser de él? Si su amor le retenía en Francia, su bandera le llamaba á Alemania. Era joven, fuerte, brioso. ¿Cómo iba á eludir el cumplimiento de su deber? Y cuando él, empujado por su conciencia, partiera para alistarse en el ejército de su país ¿qué sería de Marcelina? Sus pensamientos se desleían en la angustia de su corazón. En el mejor de los casos, si el choque entre los dos pueblos fuese, por lo rudo breve, y se llegara pronto al ajuste de la paz ¿le perdonaría Marcelina el haber derramado sangre francesa? ¿Saldría ileso su amor, que era para él la felicidad, de aquella tragedia formidable?...

Como si por obra de una de esas ráfagas de intuición que el amor hace posibles, Marcelina penetrase en el espíritu de su marido, ella se atrevió á preguntar tímidamente:

—Otto, ¿y tú irás también á la guerra?...

El, sobrecogido por aquellas palabras, que no esperaba oír tan pronto, sintió que una ola fría le helaba el corazón. De momento no supo qué contestar. Presintiendo que de sus palabras pendía su destino, tuvo miedo de arriesgarlo. Amaba tanto á su mujer y se sentía tan dichoso, que la amenaza de que todo aquello que era su única razón de vivir, se truncase, le asustaba...

—Yo no sé, Lina, lo que pasará... Tal vez no estalle la guerra... ¡Sería tan horrible!...

Ella, ceñuda, se abstuvo de replicar. El peli-

gro en perspectiva apuntaba también en su imaginación, pero de un modo vago, difuso, como el anuncio de una tormenta percibido en una travesía por el mar. Desdeñosa, como la generalidad de las mujeres, de todo problema de conciencia, Marcelina no razonaba más que en nombre de su sensibilidad. «Si me quiere—pensaba—no irá á la guerra. Después de todo ¿por qué ha de ir Otto á la guerra? ¿No hay en Alemania bastantes soldados? La derrota ó la victoria de su país ¿va á depender de que él se bata? No; Otto no irá á la guerra. Me quiere demasiado para dejarme.»

El conflicto europeo en sí, esto es fuera de su interés personal, no la preocupaba todavía, sin duda porque no se había planteado con todo su horror. El egoísmo, más fuerte que el sentimiento de patria, sin duda porque ha nacido antes en el limo humano, hablaba en ella con excusable urgencia, sugiriéndole el deseo de conservar á su marido aunque éste arrostrase la ignominia de la desertión. En el rostro de Otto se traslucía el temporal que estaba desencadenándose en su espíritu. Su mirada adquiría de cuando en cuando la fijeza de la obsesión interior. Pasábase la diestra mano sobre la cabeza, como si aquel nervioso movimiento le ayudase á ordenar sus ideas. Era un hombre de elevada estatura, fornido, rubio, lampiño, de facciones de una simetría clásica, que recordaban las líneas del Hermes de Praxiteles. A despecho de su descuidada indumentaria, asomaba en su persona

una elegancia natural, hija tal vez de su fuerza, poco frecuente en los ejemplares de su raza, como si algunas gotas de sangre helénica ó latina, de algún antepasado remoto, transfundidas á su sér, le hubieran otorgado el don de la gracia varonil. Reservado en la niñez, la vida de París pareció como que reanimaba su temperamento, comunicándole un cierto brío interior que á ratos se confundía con la fogosidad. De improviso, Otto puso la mirada de sus ojos claros en los de su mujer.

—¿Y si yo me fuese á la guerra, Lina?—preguntóla con acento que velaba la melancolía.

—Cometerías una locura, Otto—repuso ella con fingida tranquilidad. Luego, animándose, añadió con más vehemencia: —Eso de ir á matarse unos hombres con otros, sin que se tengan odio, es estúpido y bárbaro. Tú dejarías de ser inteligente si lo hicieras...

El, absorto, parecía no escucharla. La preocupación íntima, el problema de conciencia, le obsesionaba tenazmente, sobreponiéndose á todo cálculo de índole egoísta. «Si la guerra estalla—decíase con amarga voluptuosidad—, tú debes sacrificarlo todo: mujer, dicha y vida, por tu patria. Alemania cuenta con tu brazo para vencer, y con tu heroísmo para perdurar en la historia. La bandera te aguarda.»

—Bueno—dijo repentinamente levantándose, por sustraerse á aquella preocupación,—me voy á la calle á recoger noticias... ¡Quién sabe, tal vez sea evitada la conflagración!

La agitación popular en los bulevares, entre el de la Magdalena y el de Poissoniere, era enorme. Con ser de ordinario muy crecida la circulación social en aquel ámbito de la gran urbe francesa, aquella noche los contingentes humanos eran tan considerables, que el tránsito de vehículos estaba interrumpido. La ola popular, enardecida, rompía á menudo en un grito que era como el estallido de una pasión nacional largo tiempo sofocada, en un ¡muera Alemania! unánime, frenético, vibrante. De cuando en cuando á aquel grito sucedía otro menos vigoroso, como si partiese de un grupo, un ¡abajo la guerra! que no tardaba en ser ahogado por un huracán de silbidos.

Otto, apostado en la acera del café Cardinal, asistía con extrañeza á aquel espectáculo, que le revelaba un aspecto del alma francesa que él ignoraba. No se explicaba aquella explosión súbita de odio de un pueblo contra otro.

El estruendo de la manifestación, era para marear á cualquiera. Habríase dicho que el escándalo callejero, resultaba de la fusión de muchos ruidos: de las músicas que tocaban aires patrióticos, del rumor de las conversaciones, de los gritos dispersos de la muchedumbre y de los ecos lejanos de mil voces, que venían casi extintas de los otros extremos de la ciudad. Con los muertos á Alemania, atronadores, alternaban los muertos al Kaiser y cuando los manifestantes advertían un rótulo en alemán al frente de algún establecimiento, lo apedreaban sin que la policía los cohibiera.

Otto, dénsamente pálido ante aquel espectáculo, sintió primero una intensa pena y luego una gran indignación. El oír lo que oía sin protesta, le avengonzaba. «¿Por qué gritan estos energúmenos muera Alemania? ¿Porque aún les duele la paliza del 70? Pues, que se vayan acostumbrando á recibir otra más grande en 1914. ¡Bellacos!». Pasada la crisis de exaltación patriótica, el alemán volvía á sentimientos más templados, casi fraternales. «¿Por qué ese odio? Que les devuelvan la Alsacia y la Lorena. Que Alemania busque sus ensanches naturales por el lado de Austria. Que se reconcilien para siempre Francia y Alemania, que son las dos naciones más cultas, humanas y adelantadas de Europa. Pero, no: la guerra viene; la guerra está ya declarada. Ese vocerío salvaje me lo denuncia.

Mañana empezaremos á destrozarnos en la frontera. ¡Matarnos!»..

Al llegar á este punto de sus reflexiones, le asaltaba el recuerdo de Marcelina. Sentíase triste y solo, abandonado, sin asidero sentimental en el mundo. Por que cuando perdiese el amor de aquella mujer, ¿qué le quedaría? La pesadumbre de su corazón era tan intensa, que para disimularse á sí mismo y á los demás, echó á andar por el bulevar adelante, buscando la soledad en que espaciar su amargura. Dobló el recodo de la rue Royal y prosiguió con tardos pasos el camino, hacia la avenida de los Campos Elíseos. ¡Divino París!—exclamó levantando la mirada al cielo estrellado—. ¡Patria de mi juventud, de mi amor y de mi ventura! La noche estival, invitaba á vagar. El aire impregnado de ese aroma afrodisíaco que sólo se respira en la gran urbe francesa y que es como la evaporación sensual de toda la humanidad que ama y goza, no le traía, á pesar de todo, más que rumores de odio, ecos de una bárbara pasión homicida.

Solamente mirando allá arriba, á los infinitos espacios estelares, se divisaba lejana, inabordable, como una playa en el mar de la creación, la paz del mundo. ¿Qué se pensaría allí, en el remoto misterio sideral, tal vez poblado de almas, de aquella vana agitación destructora que enloquecía á los hombres en aquel momento? ¿Habrá allá algún orden providencial que consienta tanta crueldad? ¡Si él pudiese á lo menos huir con Marcelina, esconder su amor y su dicha en un rincón ignorado de la tierra! Pero, no; cuando caía en aquella clemente tentación de su egoísmo, la conciencia le reprochaba su cobardía, su deserción del deber. Era menester afrontar la realidad, sacrificarlo todo, perderlo todo por la Patria. Era indispensable luchar... acaso morir. ¡Morir! Este verbo que rara vez sonaba en su conversación, recobró ante el espíritu de Otto la plenitud de su sentido trágico. ¡Morir! Desaparecer definitivamente, acabarse, disolverse en la nada. Si al menos aquel tránsito entre la vida y la muerte fuese rápido, fugaz, el sufrimiento sería tolerable; pero, le separaba de aquel instante supremo todo lo que en el mundo ocupa el azar. Tendría, primeramente, que separarse de Marcelina, lo cual equivalía á morir á medias, y luego emprender la marcha hacia la frontera, alistarse en un regimiento, ir á la línea de combate, dis-

parar su fusil contra un enemigo lejano, desconocido y acaso darle la muerte... ¡Le era preciso matar!

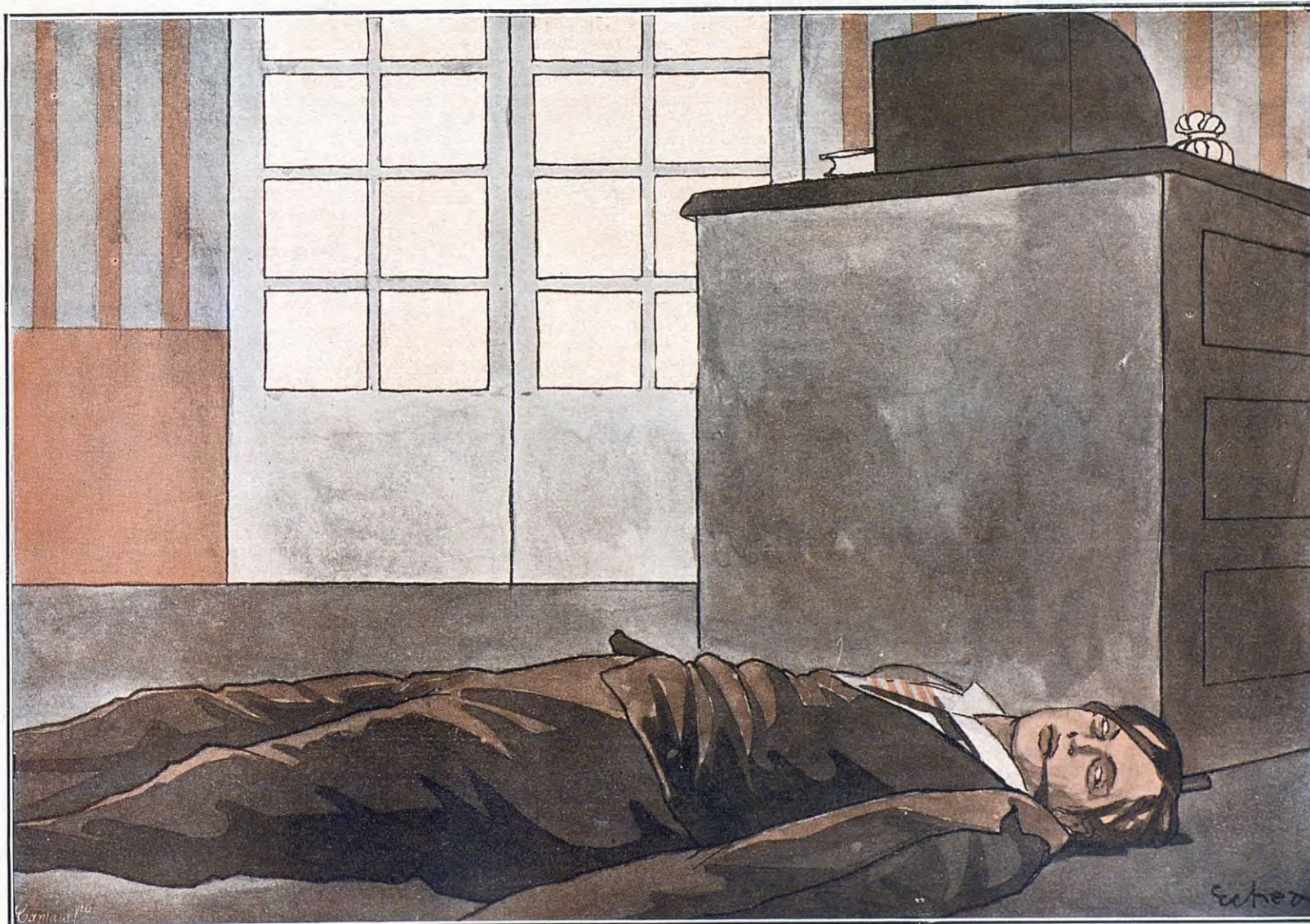
Otto Haffner entró en su hogar ya de madrugada, y con todo sigilo para no interrumpir el sueño de su mujer. Venía en tal grado de abatimiento interior, que al verse á solas entre las cuatro paredes de su despacho rompió á llorar. La lucha entre su sensibilidad y su conciencia, le había agotado y le había rendido. La preocupación de la muerte le asediaba. Era la única manera de liquidar la quiebra irreparable de sus ilusiones. No quería traicionar á su patria, ni quería ser infiel á la patria de su amor. El dilema era tan apremiante y tan atroz, que Haffner no se decidía por ninguno de sus términos. No le quedaba más que una vía libre: la evasión de la tierra por la muerte. Clareaba el día cuando se puso á escribir sus últimas disposiciones.

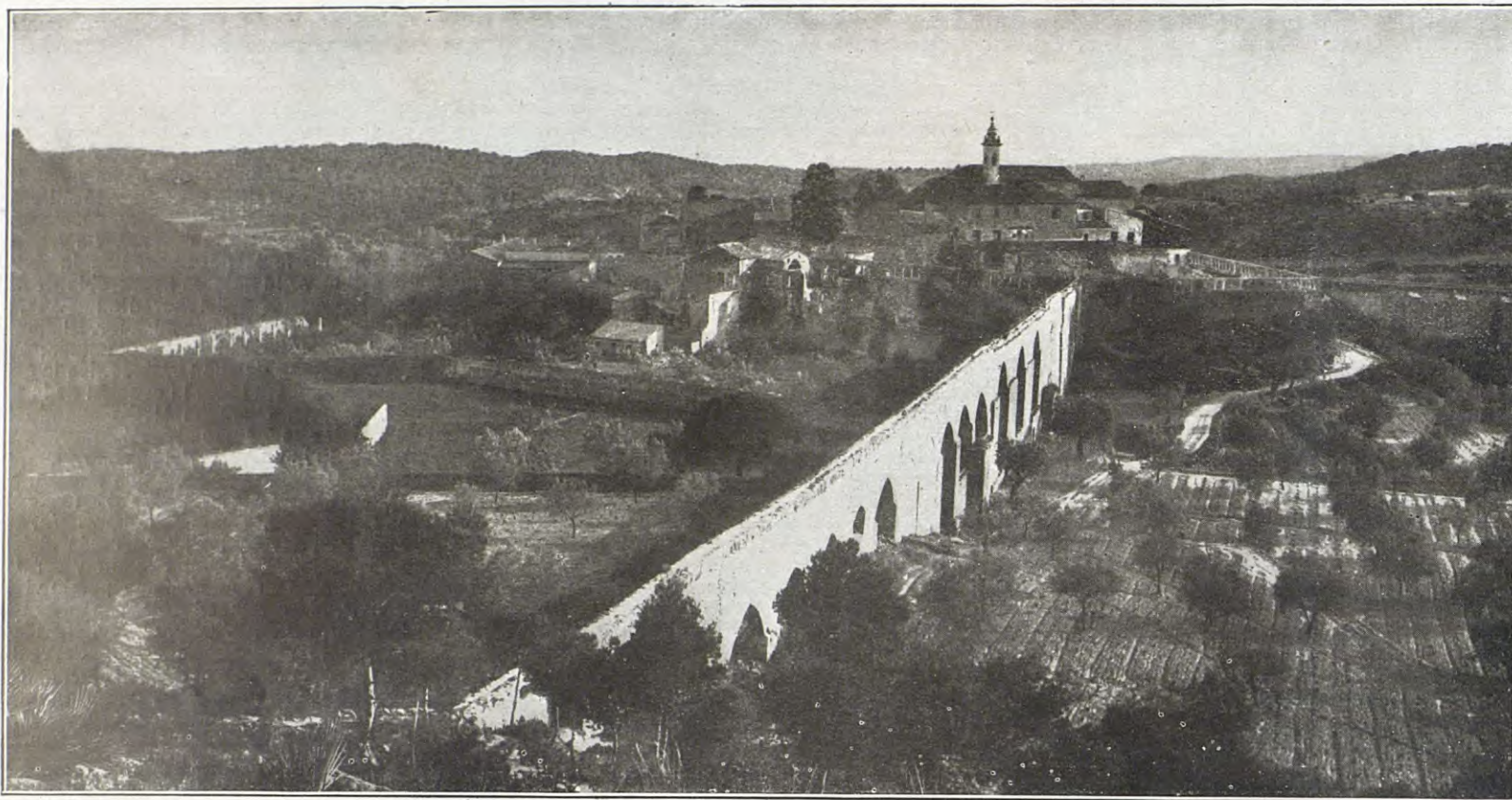
«—Me voy de la vida—decíale á su mujer—por no ser traidor á ninguna de mis dos patrias. No sé si lo que hago es una cobardía ó un sacrificio. Dios me juzgará. Te suplico, amor mío, que me perdones. Si hay otra existencia más allá de la tumba, yo quisiera encontrarte allí y ser tan tuyo como he sido en la tierra. No puedo vivir; no debo vivir, Marcelina. Si desertase mi bandera por tu amor, me despreciaría y si te perdiese por seguir á mi bandera sería el más desventurado de los hombres. Me voy de la vida, sin traicionar á mis hermanos de patria y sin verter la sangre de los tuyos. Que Dios me juzgue. De tí sólo quiero que me recuerdes y me perdones. Es mi postrera voluntad que sea envuelto mi cuerpo en un sudario hecho con las banderas de mis dos patrias, para que mis cenizas se disuelvan entre mis dos grandes amores. Adios, Marcelina; mi alma te verá antes de emprender la partida... ¿Nos encontraremos algún día? ¡Dios lo haga!...»

Haffner quedóse un instante absorto, como si su pensamiento, anticipando el supremo viaje, huyese de él. Sus ojos abarcaron con melancolía cuanto le rodeaba y al tropezar con el retrato de Marcelina, lo volvió para no sentir el influjo de su presencia. Instantáneamente, por miedo á vacilar, se aplicó el revólver al corazón y el disparo sonó...

MANUEL BUENO

DIBUJOS DE ECHEA





El acueducto de Porta-Coeli

RINCONES DE ESPAÑA

LA CARTUJA DE PORTA-CŒLI

La diligencia—ingrato carricoche de ruedas amarillas y estridente cristalería—que salió de Bétera á las nueve de la mañana, emplea más de una hora en recorrer el nervioso camino que conduce al monasterio famoso de Porta-Coeli.

El buen humor levantino presta siempre alegría al viaje: una moza de pelo ebenáceo y caderas redondas, desgrana una canción que á cada momento parece rebotar contra los baches del sendero; el mayoral chasquea su látigo; el ganado trota moviendo las ancas á compás y con un estrépito ufano de colleras, y el viejo vehículo, inclinándose unas veces á la derecha, otras á la izquierda, sube la cuesta repitiendo un movimiento negativo sobre el vastísimo fondo añil del cuadro.

Según avanzamos, el caserío de Bétera va hundiéndose y como apoyándose, en el límite inferior del valle, y muy lejos, medio ahogado por la evaporación azulina de la niebla, á ras del suelo, Valencia esboza una mancha blanca. Ante nosotros el camino ondula con la gracia ligera con que trepa al espacio, en una tarde sin viento, una columna de humo. Campos rodenos, primorosamente cultivados y sembrados de algarrobos y de olivos, se prolongan tanto que los ojos no alcanzan á medir su hermosura y riqueza. A intervalos, por la falda de un altozano y huyendo de nosotros, vemos despeñarse un rebaño de ovejas. Aquí y allá, en el profundo silencio rústico, albea una masía. Incesantemente las perspectivas y los colores cambian: la bruma se hace luz; lo que parecía tierra ahora es árbol, y nube lo que creíamos monte, en el término lejano de las cañadas, unos pueblecitos se esconden y otros se muestran. Finalmente todo rastro humano desaparece y la augusta majestad del campo nos circunda.

De pronto, sin transiciones, cambia el paisaje: altos yacimientos de piedra desgarran la blandura verde de la floresta, y la tierra se convulsiona y retuerce como un papel entre llamas. El aire huele á resina y á romero; disminuye la luz; á nuestro alrededor todos son pinos; pinos que llegan á coronar los repechos de la ruta y ceremoniosos se inclinan sobre ella.

El mayoral grita sin cesar:

—¡Hiá, hiá, hiá!...

Sacude el rendaje, hace sibilar el látigo, impropera y llama á las caballerías por sus nombres.

Ahora la pendiente es más agria y más hondos los baches donde la tartana hunde sus ruedas; el vetusto carricoche se bambolea, gime y cien veces cae y se levanta sobre el quebranto de sus muelles. En el modo que el ganado tiene de alargar el cuello se conoce su trabajo y fatiga; los cascos atabalean y arrancan chispas del suelo pedregoso; las colleras cantarinas suenan mejor. Durante veinte ó treinta minutos avanzamos así, y por instantes la pinada es más densa y más indeciso y atormentado el camino. De repente también, el suelo se pacifica, desfallecen los repechos graníticos cortados á tajo, y una claridad franca—la recia claridad de las alturas—cae sobre nosotros.

Estamos en Porta-Coeli.

Un ancho puente de piedra sillar y de un solo arco tendido atrevidamente sobre una profunda torrentera, facilita el acceso al monasterio. Hállase éste edificado en una colina, y así la solidez centenaria de sus muros, como la hondura abrupta de las cañadas, semejantes á fosos bélicos, que por todas partes le rodean y defienden, dan á su obscura fábrica una expresión donde lo místico y lo marcial se acoplan en imponente maridaje. Alrededor de la torre avanzan largas galerías que arruinó el tiempo, y las techumbres de la iglesia y de los claustros, y las correspondientes á las dependencias del convento, se agrupan sin orden. La sierra de Náquera sirve al Norte de espléndido foro al escenario. Sus cumbres altísimas, cubiertas de viciosos pinares, forman una masa cerúlea vestida con todos los graves matices del verde y del azul; ellas simbolizan el silencio, lo desierto, la sombra propicia á la leyenda, el misterio de donde bajan los manantiales. El puerto se abre al mediodía, sus colinas van descendiendo suavemente y separándose, y aquella parte, desde la cual, en el horizonte, se divisa el mar, vierte sobre la severidad del panorama un chorro formidable de luz. De este modo el monasterio, á la vez que del abrigo obscurecedor de la montaña, goza de la libre claridad de la planicie.

La Cartuja de Porta-Coeli remonta su historia á la segunda mitad del siglo xiii, álzase en un lugar cercano al que ocupó la desaparecida aldea morisca de Lullén, y fué su fundador Fray Andrés Albalat, obispo de Valencia y confesor del rey don Jaime I, de Aragón. El estilo primitivo fué el gótico ú ojival, el más robusto, sin

duda, y el único capaz de corresponder á la espiritualidad y majestad del canto gregoriano, pero en siglos sucesivos aparecieron el greco-romano y el corintio, y la risa trastornadora de Churriguera pasó por los altares.

Dotada merced á la generosidad munífica de los reyes aragoneses, de toda clase de prerrogativas, franquicias, inmunidades y privilegios, Porta-Coeli vivió una existencia floreciente y sirvió de hospital definitivo ó de momentáneo refugio á muchos varones eminentes: en ella habitaron, verbigracia, fray Bonifacio Ferrer, hermano de San Vicente, y el caballero Pérez de Aranda, quienes asistieron al Parlamento de Caspe; el pintor Ribalta, que regaló á la iglesia varios lienzos, desgraciadamente perdidos; el maravilloso Alonso Cano, por muchos apellidado «el Miguel Angel español», que habiendo asesinado á su mujer, para librarse de la justicia, fué á esconderse allí; el segorbino Camarón, á quien se deben varias pinturas murales de mérito notable, y otros hombres preclaros en el ejercicio de las bellas artes, de la filosofía y de las letras.

Al par que su importancia moral, los monjes cartujos cultivaban codiciosamente sus heredades y acrecentaban su producción. Esta, en los últimos días de la Edad Media, llegó á ser extraordinaria, por lo intensa y múltiple. El esparto constituía una de las fuentes principales de riqueza.

También se aplicaban á la venta de pastos, de maderas y de ganados, criaban excelentes mulas, explotaban diversos yacimientos de azufre y de yeso, y su avisadísima discreción mercantil arrendó, por cinco años, á varios industriales encargados de proveer de nieve á Valencia, la muchísima que aquellos ventisqueros producían.

Porta-Coeli, que vibró durante tantos siglos con el calor de hoguera de la fe, y fué saqueada por las tropas de don Pedro I de Castilla, y conoció el horror sangriento de las Germanías y las contiendas civiles de Felipe V, y la invasión francesa, ha muerto. El incendio místico se ha apagado, la torre perdió sus campanas y está muda. Una melancolía penetrante, una tristeza malsana, fría como una sensación de humedad, se exhala de aquellos claustros heroicos y del patio donde centenares de religiosos duermen olvidados.



Iglesia de la Cartuja de Porta-Coeli

«¿Quiénes eran esos hombres?—nos preguntamos.

Queríamos conocerles, saber sus nombres y las historias ardientes de pasión y desengaño que les condujo a tan severísimo encierro. ¿A qué mujer amaron? ¿Cuáles fueron sus odios? ¿Cómo romper el silencio inexorable que el tiempo echó sobre sus vidas? ¿Es posible que de la vehemencia de tantas oraciones y del huracán carnal de tantos deseos, esos muros no conserven nada? Bóvedas resonantes, celdas carcelarias, ¿quién pudiera escribir el lenguaje de vuestro silencio?...

Don Enrique Llopis, inquilino y casi propietario de Porta-Coeli—que al título de propietario le hacen merecedor las reformas que allí ha realizado—nos enseña la iglesia, toda de mármol negro, jaspe y alabastro; el claustro ojival construido en 1325, á expensas de doña Margarita, hija del célebre almirante Roger de Lauria; el locutorio desierto, impregnado del silencio de las colaciones cartujas; el cementerio, el jardín, desde donde se atalaya un panorama digno de rivalizar con los más bellos de Suiza ó del Tirolo.

Este don Enrique Llopis, sobrado de estatura y ancho de espaldas, como un luchador, camina delante de nosotros y tiene en sus ademanes y palabras algo noble y llano, que inspira amistad.

—Ahora visitaremos—dice—la cárcel donde, según cuentan, estuvo prisionero un fraile á quien, de noche, iba á buscar á su celda una mujer...

Atravesamos un pasadizo lóbrego, subimos una escalera de peldaños irregulares, oscura y tallada en espiral, franqueamos una puerta, otra después, y nos hallamos en un calabozo de techo abovedado y espesísimas paredes. La luz es buena. Una tarima, hecha de ladrillos, indica el sitio donde el monje recluso se echaba á dormir; una losa de mármol y otro trozo, más estrecho, de piedra, empotrados ambos en el muro, le servían de mesa y de asiento. En el comedio de la estancia, se conserva asimismo, una fuerte argolla, á la que probablemente el prisionero, para mayor comodidad y descanso de sus guardianes, vivió encadenado. Todas las paredes, hasta la altura á donde puede alcanzar con el brazo extendido un individuo de buen tallo, están cubiertas de apretados renglones y de notas musicales. Dicen—y así lo confirman la ligereza de los trazos—que aquellas palabras, unas castellanas, otras latinas, fueron escritas con la uña. La ineducación de los curiosos que, al pasar por allí, se entretuvieron en arañar las paredes, borraron muchas de esas declaraciones que, por venir de quien sufriera el riguroso castigo de ser encerrado y como enterrado en vida, nos merecen la curiosidad y el respeto de un epita-

fio; mas, por suerte, bastantes se salvaron de la barbarie pública, y en ellas resplandece una resignación sin límites, una conformidad ciega en la bondad y justicia divinas. Ni un momento de duda en la paz de aquel corazón cuitado, ni un gesto de rebeldía en la inextinguible paciencia cristiana de aquella alma.

¿Cómo se llamó y cuál fué la historia cierta de ese monje—que sin duda no fué un hombre vulgar—, cuando, para aliviar su dolor, por igual recurría á la literatura y á la música, y en ambas bellas artes encontraba elementos adecuados de expresión?...

He aquí la gran leyenda de Porta-Coeli, y—¿por qué no decirlo?—el supremo aroma romántico unido á sus ruinas.

Mucho han escrito acerca de esto los historiadores, pero cada cual explica el lance á su modo y no debe sorprendernos tan rica diversidad de pareceres si tenemos en cuenta el misterio con que tales hechos se desarrollaron y el empeño celosísimo que los monjes, para bien de la comunidad manchada en la persona de un hermano, debieron de poner en ocultarlos.

A espaldas del monasterio y en la entraña de un elevadísimo monte que los romanos fundadores de Segorbe y Sagunto consideraron muy á propósito para toda laya de augurios, revelaciones y sacrificios, brota la fuente llamada del Nacimiento. Nosotros hemos subido á ese monte que los autores antiguos denominan Tesco, y penetrando luego en él con ayuda de una antorcha hemos llegado hasta el mismo manantial, cuyo murmullo en aquella impenetrable obscuridad y en aquel absoluto silencio, llanto parece y oración y sollozo que traducen algún secreto dolor de la tierra. La historia de Biblis convertida en fuente á fuerza de llorar, vuelve á nuestra memoria. El agua, efectivamente, al deslizarse, discreta, acusa, suspira, articula palabras extrañas y su movilidad y su canción tienen el enigma de un rito.

Pues bien: desde hace cinco siglos esa agua va á dar en la Cartuja de Porta-Coeli por un acueducto que atraviesa el hondísimo camino de La Pobleta; y ese acueducto de once arcos, que mide mil pies de largo por setenta de alto, y cuya anchura no llegará á dos metros, era el camino que, según la tradición, una mujer enamorada eligió para llegar al Monasterio. El paso es difícil, realmente, pero no imposible, y la imaginación se representa sus peligros: la noche que abulta el misterio del bosque, el viento murmurando entre los pinares, abajo el abismo, negro y callado, que atrae...

¿Quién fué esa mujer que, como Leandro, para ir á la felicidad supo hacer de la muerte un camino?...

Nadie lo sabe, y aun hubo escritores que niegan su existencia.

El clérigo Arolas, en su poema *La sílfide del acueducto*, habla de un Ricardo á quien su padre obligó á ingresar en la orden cartuja y de una Ormesinda heroica que iba á buscarle al convento. Sorprendidos ambos por el prior, Ormesinda fué envenenada y su amante murió de hambre en su celda. Esta narración, escrita en plena época romántica y por un hombre cuyos



Camino, bajo el acueducto, que conduce á la Tableta

hábitos ardieron en la hoguera de todas las pasiones, merece escaso crédito; es una obra violenta y efectista; una obra de sectario.

En *El encubierto de Valencia*, novela histórica de don Vicente Boix, su autor adereza los hechos de modo distinto. Cuenta que, á mediados del siglo xv, cierta dama de selecto linaje quiso esconder en Porta-Coeli un hijo nacido de sus amores con un rey de Aragón. De acuerdo con el padre Bernardo, que se había comprometido á cuidar del bastardo, una noche, llevando á éste en sus brazos, cruzó el acueducto, y al repasarlo momentos después, uno de los arcabuceros que iban en su persecución, la mató de un tiro. Más tarde el llanto del niño descubrió á la comunidad el secreto del padre Bernardo, quien por su buena acción fué condenado á encierro perpetuo.

¿Dónde se esconde ¡oh, Tiempo! la verdad?... Tal vez en la biografía de aquella Inés Padrós, llamada vulgarmente Inés de Moncada, que en los comienzos de la quinceava centuria sirvió en el monasterio de pastor y vestida de hombre. Quizás su juventud abrasó en deseos la pecadora carne de algún religioso; quizás ella le correspondió y transida de amor y amparada bajo su varonil disfraz, una y muchas noches le llevó á su celda la alegría del nupcial sacrificio; quizás la leyenda de santidad con que los comentaristas de su vida nimbaron su muerte, fué interesado ardid ideado para encubrir algún gravísimo error sexual.

Acaso, en fin, la novela es «de ayer», y el monje que consiguió hacerse amar tan ciegamente, murió en la prisión arriba descrita,

pues según el dictamen de algunos autores, vino á librarle de un cautiverio de más de siete años la expulsión de los frailes, acaecida en 1855.

Hoy la industria ha transformado la severidad de la antigua Cartuja en retiro apacible: mudóse la celda adusta en gabinete confortable, el pasillo en despensa y la desmantelada galería en abrigado comedor. Ya la torre no llama á maitines; ya por los anchos claustros los monjes no pasan fantasmales sobre el silencio de sus pies descalzos; ya, de todo aquel contenido volcán de dolores, sólo subsiste la nostalgia del recuerdo...

Hemos almorzado tras los cristales de un espléndido mirador, y de sobremesa asistimos á la agonía polícroma de la tarde. Lentamente el cielo palidece y el dorso obscuro de la sierra se acusa mejor; sobre el bosque comienza á flotar una penumbra sutil cuya coloración oscila entre el gris y el violeta. Mutación brusca: el sol acaba de esconderse y su esplendor amarilla no toca ya á la tierra. De pronto el valle parece un inmenso charco azul.

EDUARDO ZAMACOIS



Claustro de la Cartuja de Porta-Coeli, del más puro estilo ojival, erigido á expensas de doña Margarita de Lauria en 1325

FOTS. MOYA

Noviembre, 1914.



El Primer Consultorio de Niños de Pecho, "Gota de Leche", debido á la generosidad de S. M. la Reina Doña María Cristina, el más perfecto y lujoso de España, que, bajo la dirección del sabio doctor D. Julio Robert y el protectorado de la señora marquesa viuda de Casa Torre y otras ilustres damas, viene realizando en esta Corte una gran obra social. Esta Institución fué fundada por el inolvidable doctor D. Rafael Ulecia

LAS COSAS PEQUEÑAS

Todas las cosas que nos parecen grandes, no son siempre más que un conjunto de cosas pequeñas. Nuestra vida cotidiana está llena de esos detalles insignificantes, que van tejiendo poco a poco á nuestro alrededor todo cuanto se nos hace grato, familiar y querido.

Tal vez por estar acostumbrada al análisis de las emociones que depositan su dulzura en el alma, yo siento la sugestión de las cosas pequeñas hasta el punto de recordar más intensamente los sitios donde he sentido la paz y el reposo al través de un viaje, por los grandes monumentos y los parajes espléndidos y ostentosos. A este sentimiento se debe el que yo añore más la destrucción de esos lugares perdidos, insignificantes, que pasaban generalmente inadvertidos para los visitantes de Bélgica.

La guerra actual es sin duda la más grande y terrible de cuantas ha sostenido la humanidad, pero es una guerra grande sin grandeza, sin episodios pintorescos y conmovedores. La destrucción y la muerte, se presentan escuetas, desnudas; al heroísmo de los hombres, ha sucedido la potencia salvaje de las máquinas. Es una guerra que los novelistas pueden narrar folletinescamente, pero de la cual ningún poeta podrá escribir la epopeya. Sólo Bélgica excita el sentimiento lírico, con la grandeza de su sacrificio y su desventura. El pensamiento va á ella buscando la paz acogedora de su ambiente, y se resiste á admitir que sean sólo ruinas y desolación aquellos sitios tan propicios á la calma y al ensueño. Un viaje ideal del recuerdo, nos obliga á pararnos en las pequeñas cosas.

La destruida Malinas, se ofrece en primer término. Es la ciudad española, la ciudad de la vieja Castilla. Los recuerdos de Margarita de Austria y de nuestra antigua historia, abundan en ella. Su silencio apacible en la tarde soleada de Julio en que la visité, ha dejado en mí un reposo de siesta para su recuerdo; una siesta interrumpida, por el sonido musical del carillón que extendía el eco de sus notas sobre toda la ciudad. Escasos tran-

seuntes, casas viejas noblemente ennegrecidas por los años, escaparates llenos de rosarios y velas rizadas, algún que otro pintor con su caballete armado en un rincón de sombra y cerca de las ventanas, y á las puertas, ancianitas

que tejen sus encajes. Parece que la vejez de estas ancianitas es contemporánea de la ciudad, que aún en su juventud las mujeres necesitarían ese tinte rugoso de la piel actinoderma, esos cabellos blancos bajo la gorrilla de tul y esa serenidad de los ojos opacos y tranquilos para rimar con el ambiente.

Eran esas viejecitas, las niñas que tejían los encajes. Se las veía día tras día, hora tras hora, sentadas, inmóviles, con la vista fija en la labor que sostenían en el regazo de un modo casi maternal. Sólo sus manos tenían vida; unas manos de piel y nervios tallados sobre el hueso, de nudillos sarmentosos y de uñas grandes, achatadas, endurecidas y blancuzcas. Manos duras, manos pesadas, manos torpes en apariencia, pero llenas de frescor, de pericia, de habilidad, de ligereza y de ternura, al jugar con los cientos de husillos y alfileres para tejer su encaje. Aquellas manos venerables por el trabajo y por la edad, tejían los encajes de Bruselas, de Malinas, de Brujas y de Flandes, las preciadas blondas de precios fabulosos é incalculable valor artístico. Ni grandes fábricas, ni muchachas retozonas trabajando alegres en el taller. Las viejecitas encajeras solas y silenciosas tejiendo un día y otro día, hora tras hora, el ensueño de su encaje, mientras iban tejiendo entre los hilos el hilo de su propio existir...

Después Gante, populosa, animada, cuna de un César español, con todo el encanto de los antiguos castillos y las modernas fábricas; y entre su bullicio y su animación el recinto cerrado del Beguinaje del monte S. Amant. El beguinaje es la ciudad de la paz, un retiro de mujeres que se aíslan del mundo, sin buscar la soledad, sino la compañía de espíritus afines. Una comunidad semireligiosa, semiláica, envuelta en una gran poesía, en aquella ciudad suya, donde cada una tiene su casita y goza su vida contemplativa é ideal.

Brujas tiene otro beguinaje y el doble encanto de su antigüedad y sus canales. Aquellos canales cristalinos, sombreados de cauces, surcados



Una encajera de Malinas



Brujas.—Interior del café Flessingue, llamado el café de Rubens



Gante.—El Beguinaje del monte S. Amant

por los cisnes y las barquillas blancas, entre la doble fila de casas, por cuyas ventanas, tapizadas de campanillas azules, perciben los navegantes interiores burgueses, donde hay butacas con velillos de encaje, consolas con la imagen del Niño Jesús y grandes lámparas de pantalla rosa. Todo lo que habla del cuidado femenino en un hogar sencillo y feliz.

En Brujas está el café Flessingue, el viejo café frecuentado por Rubens, donde se conservan bocetos de su mano, su mesa, sus objetos familiares y la silla, roída por la carcoma, donde el maestro se sentó. Cultores del recuerdo, sus dueños le han conservado todo el sabor de antigüedad. Es el café predilecto de los artistas, el café que buscan todos los extranjeros como un lugar santificado por la memoria del pintor genial. En aquella sala se ven todos los días los viejos parroquianos, que desde hace medio siglo van á fumar allí sus pipas y pasan silenciosos las horas contemplando el humo, con esa especie de soñolencia mística del fumador de pipa, que no se sabe si piensa ó sueña.

Y así las demás ciudades. El heroico Amberes con sus museos, sus palacios, sus recuerdos trágicos, la belleza de su río, su puerto y los *polders* que lo rodeaban. Entre el puerto y la gran plaza, los barrios pobres, los barrios típicos; allí donde se detiene el paso para ver el taller de Rubens, el paso de Quintín Maets, las casas en que nacieran Van Dick y Teniers y aque-



Un canal de Brujas



La casa donde pernoctó Napoleón, en Waterlloo

ducir ya más... Y, por último, Ostende, tan bello y tan alegre, besado por las ondas del Mar del Norte.

Toda la evocación de Bélgica es una evocación que trae sabor de égloga. La imaginación no puede concebir que la ruína, la desolación, la miseria se enseñoreen en aquella tierra pacífica, industriosa, trabajadora, fértil, tan llena de sanidades y de una savia tan recia y tan poderosa. Ante el espectáculo de la destrucción de Bélgica, se contrista el espíritu y se piensa más dulcemente y con más desgarramiento en todo eso que era apacible, sencillo y cotidiano, y que precisamente por eso, formaba cuanto era íntimo y consubstancial al noble pueblo belga: El dolor más hondo, más irremediable, el dolor de las cosas pequeñas, el dolor de la vida diaria, no sólo rota, sino en algunos trozos de imposible recomposición. Que hay cosas perdidas que nos hieren como la muerte de un ser amado...

CARMEN DE BURGOS
(Colombine)

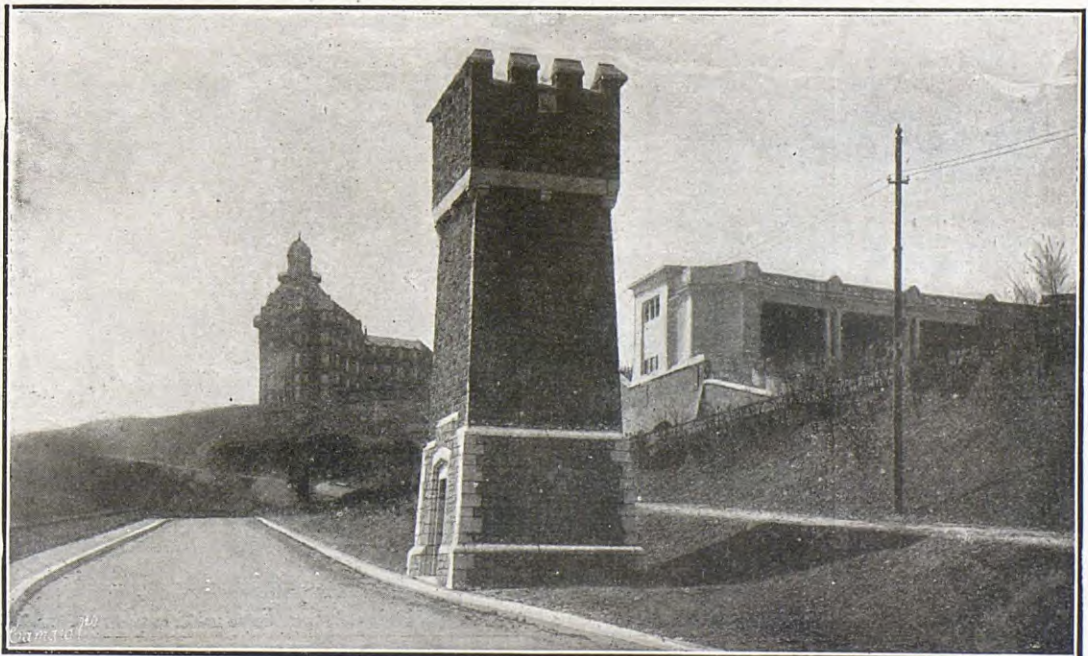
lla Gran Plaza con la fontana original que representa al héroe belga echando al río la mano del gigante, cuya leyenda dió su nombre á la ciudad.

En Lieja la placidez de su parque, las isletas de su río, sus paseos solitarios y su vida intensa, literaria é industrial. En Namur la melancolía de los paseos que iban á su vieja ciudadela. En Dinant, la patria de Antonio Wiertz, su aspecto de ciudad aldeana y primitiva.

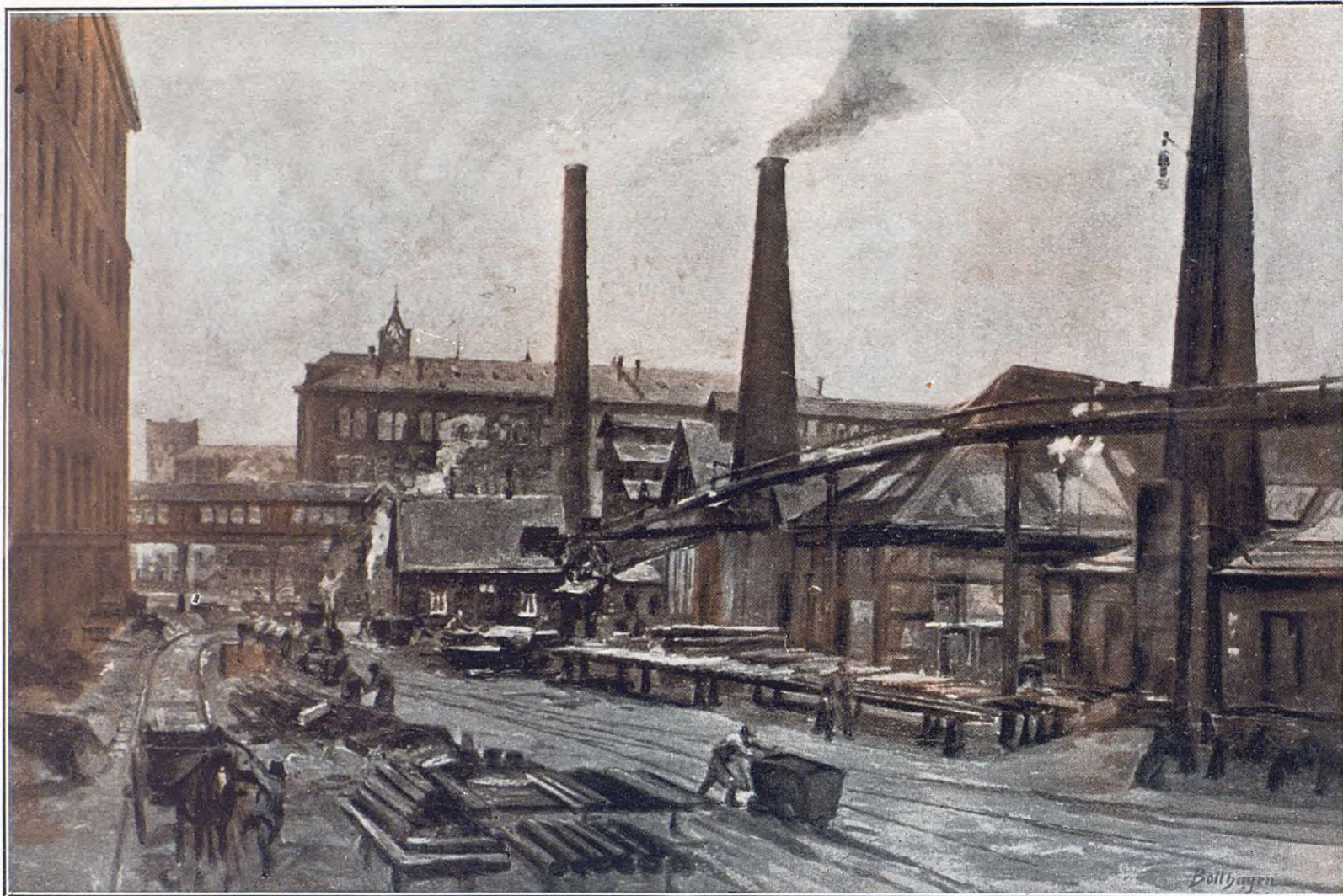
Hasta la misma Bruselas, capital del reino y émula de la vida de París, ofrecía el reposo de sus parques, sus jardines, sus plazas. Los cuadros de vida sencilla y sana, las noches que el pueblo feliz danzaba sus danzas, un tanto grotescas, en la Gran Plaza, ó se revelaba en la expansión de los domingos en los bosques de Tervueren ó en la Floresta de los Sueños, por donde han entrado los alemanes.

En los alrededores, la típica lechería de Meyne, no lejos de ese trágico castillo de Bouchot, donde la Emperatriz Carlota de Méjico, loca y decrepita, se encuentra ahora rodeada de los horrores de la guerra, sin que nadie se ocupe de su suerte, trágico fantasma evocador de otra etapa funesta en la historia de la Humanidad, y ante el cual se inclinaron con respeto las bayonetas prusianas á su paso por Bouchot.

Al otro lado, el campo de Waterlloo, testigo de la tragedia que creímos no se podría repro-



Paseo de la Ciudadela de Namur



Vista de uno de los primitivos docks de la fábrica Krupp

EL SECRETO DEL PODER ALEMAN

LA FÁBRICA DE KRUPP EN ESSEN

Uno de los más grandes poetas alemanes, en su *Guillermo Tell*, pone estas palabras en boca del prudente personaje que lleva la voz de la justicia: «Como último argumento, una vez agotados los demás, siempre tendremos las espadas». Hoy que todas las grandes potencias han recurrido á ese último argumento y de él está pendiente el destino de la vieja Europa, se impone como tema preferente hablar de estas espadas que al cabo de los años son también cañones, granadas y fusiles por una parte, blindajes, carriles y barcos, por otra. La dictadura del hierro nunca había alcanzado un homenaje comparable al que en estos momentos recibe de todos los pueblos, que dejan á sus cancillerías la tarea pasiva de recopilar datos y publicar secretos, en tanto los ejércitos resuelven sobre el campo, con la decisión aplastante de la fuerza, quién podrá decir la última palabra, que será la única eficaz.

ooo

La ciudad de Essen, perteneciente á

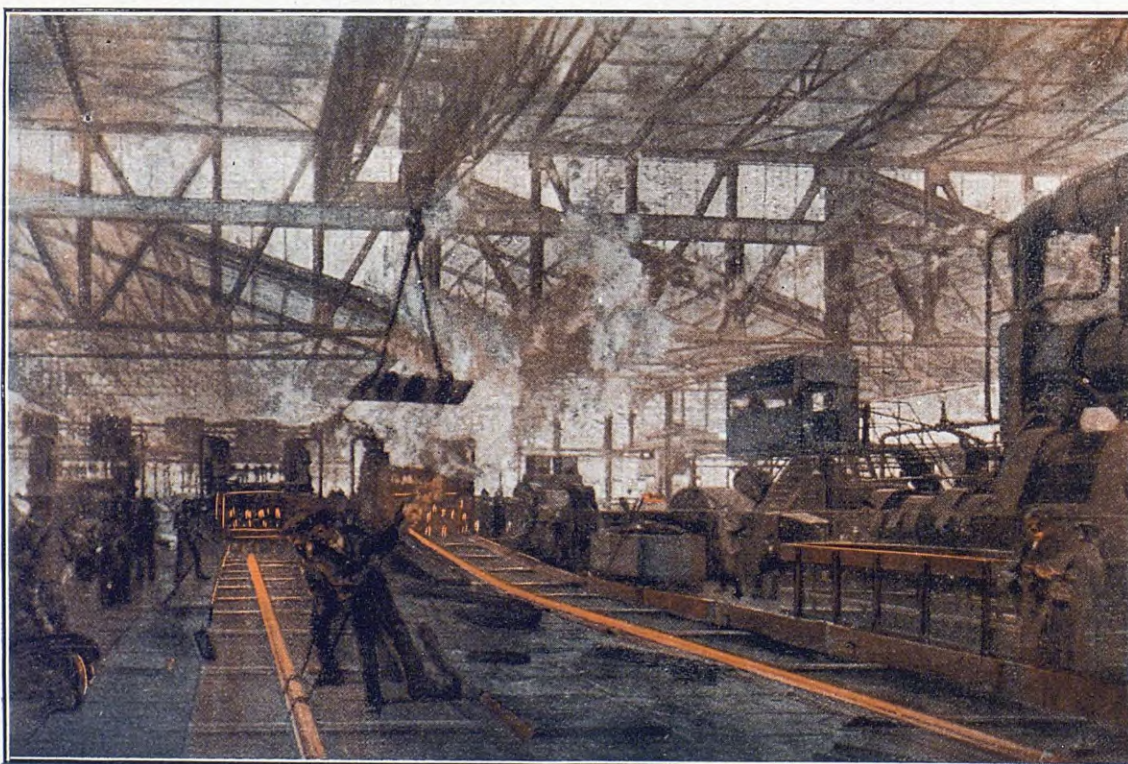
la provincia del Rin, sobre la Prusia occidental, es una población exclusivamente fabril, diríase un feudo de los grandes talleres que ocupan cerca de su mitad superficial y constituyen la causa determinante de toda la importancia que ha llegado á adquirir.

Sus fachadas ennegrecidas, el olor de hulla, las perspectivas inacabables de chimeneas humeantes y los enormes conductos que unen los diversos talleres por encima de las calles, dan al visitante la sensación de encontrarse en el interior de la gran fábrica, desde que penetra en la ciudad. En dos

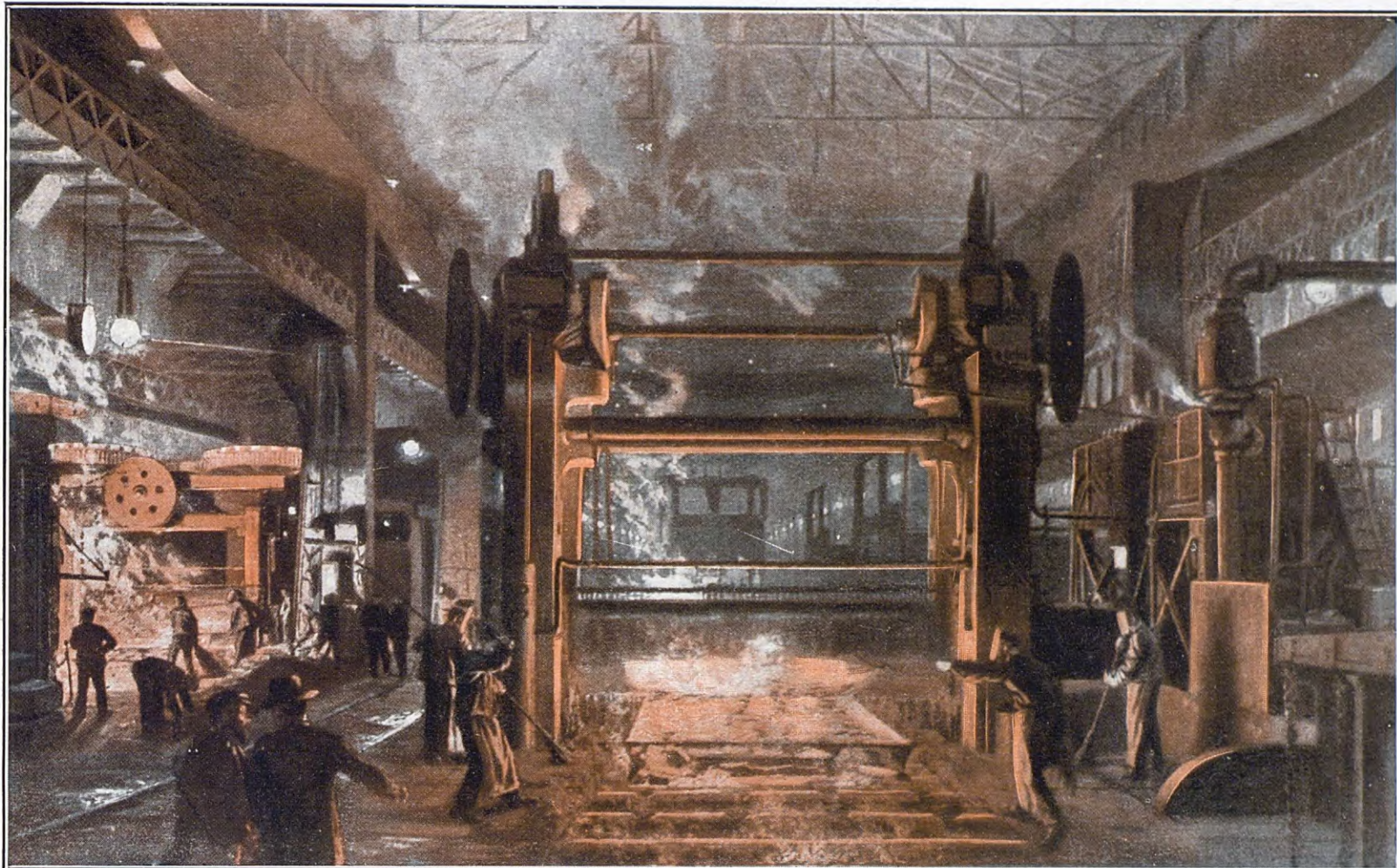
de sus plazas se elevan dos monumentos á Alfred Krupp, y en otra, como en todas las ciudades importantes de Prusia, triunfa una estatua ecuestre de Guillermo I.

De un lado de la población se extienden las colonias obreras, alineadas á lo largo de amplias avenidas. Del otro lado, en cambio, donde los proveedores, los extranjeros y los pequeños industriales tienen sus negocios, se desarrollan las tortuosas calles de casas negras y tejados de pinos, características de la vieja Alemania que han narrado Heine y Erckman-Chatrian.

El distrito de Essen es uno de los más pequeños de Prusia, pero á la vez uno de los más



Fundición de rieles

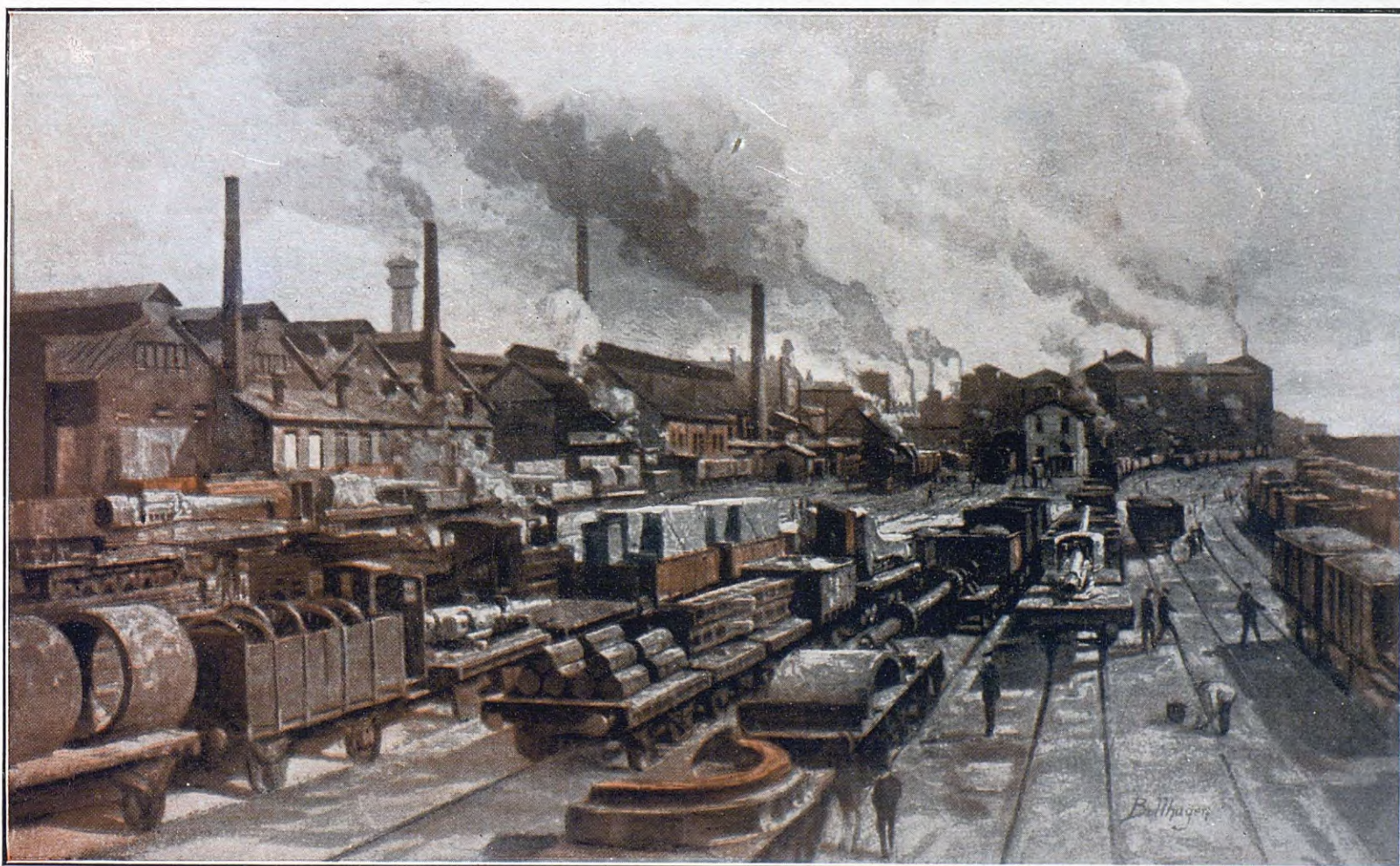


Taller de fundición de cañones

poblados. A su densidad de población ha contribuido principalmente el extraordinario desarrollo de los establecimientos Krupp, que han transformado, casi totalmente, las condiciones sociales y económicas de la antigua «Essendia».

La poderosa entidad industrial, brazo derecho del Estado germánico, ha hecho de esta ciudad, por razón de su propia historia, el centro más importante de su producción, ya que la fábrica de acero fundido de Essen, da por sí sola traba-

jo á 41.567 obreros, y al decir esto, es, naturalmente, sin contar en estas cifras todos los empleados en los demás establecimientos pertenecientes á la misma empresa. Porque además, la casa Krupp posee también los siguientes cen-



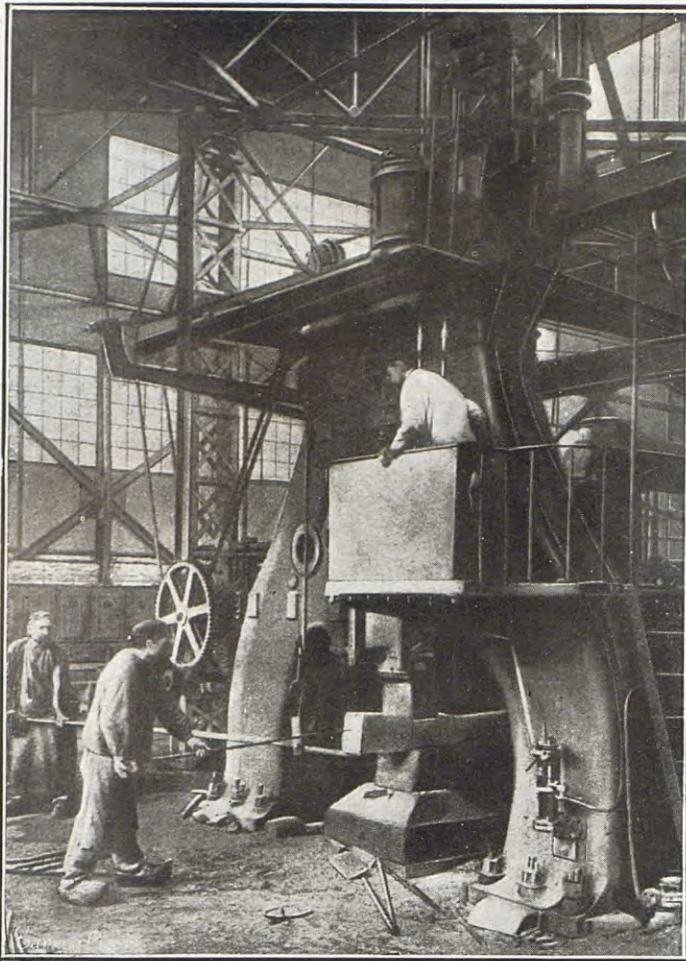
Muelles centrales de la fábrica Krupp

tros de explotación fuera del distrito de Essen: tres minas de carbón y varias de hierro, servidas por más de 15.000 obreros y técnicos; tres fábricas siderúrgicas en la región del medio Rhin, con 1.124 obreros; una casa armadora, con vapores propios, en Rotterdam, para el transporte de mineral desde Bilbao, en cuyas cercanías posee también yacimientos de hierro; los Altos Hornos y fábricas de acero de Rheinhausen, de Anen y de Grusonwerk, servidas por 14.086 operarios, y finalmente, el astillero de Germaniawerft, en Kiel-Gaarden, donde trabajan 6.798.

Todos estos datos arrojan un total de 78.654 personas empleadas en los trabajos de la casa Krupp.

De los establecimientos que hemos enumerado, el más importante, según queda expuesto, por su historia, su amplitud y su producción, es la fábrica de Essen y a ella hemos de limitar este ligero examen, dada la imposibilidad de hacerlo extensivo en un solo artículo a los demás elementos reunidos bajo el mismo prestigioso nombre.

Todo el desarrollo alcanzado por este centro siderúrgico, toma su origen, según es sabido, en la pequeña herrería fundada por Federico Krupp hacia el año 1811, con el sólo concurso de cuatro obreros, bien ajenos todos a la magnitud de la obra cuya primera piedra establecían entonces en la risueña orilla del Berne. No hemos ya de insistir, después de lo aparecido en estas columnas, acerca de los grados sucesivos que señalan el desenvolvimiento de esta gran empresa en cuya eficacia ha llegado a vincularse todo el poder guerrero de una de las más grandes naciones de Europa. Vamos solo a exponer algo de lo que son en la actualidad los talleres de Krupp



Martillo de vapor

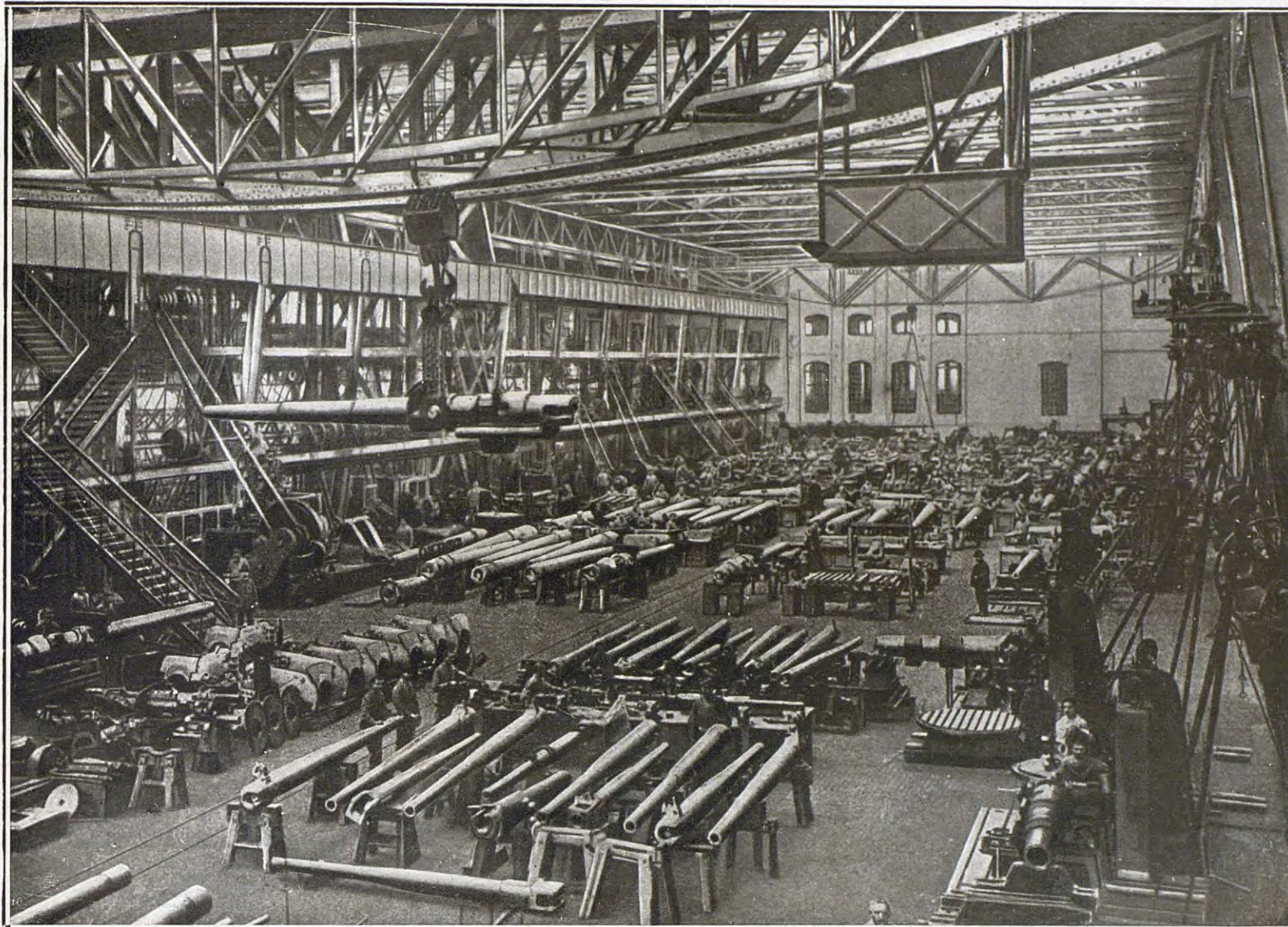
en Essen, para dar una idea de los elementos industriales acumulados por Alemania para asegurarse la supremacía en la contienda que un día finalmente debía estallar.

En primer lugar en esta fábrica se produce el famoso «acero de crisol» cuyas condiciones de homogeneidad le hacen inmejorable para la fabricación de cañones y de granadas perforantes. De este acero, producido en crisoles relativamente pequeños cuyas porciones deben reunirse dentro del mismo molde, obedeciendo a reglas de una rígida precisión, se ha llegado a obtener un bloque de 85.000 kilos. También de estos talleres salió en el año 1895 el mayor cañón conocido, cuyo calibre—42 centímetros—hace pensar ahora en las piezas de artillería gruesa con tanto éxito empleadas en la campaña actual. Sólo el tubo de este cañón, que figuró en la Exposición de Chicago, pesaba 122.000 kilos. Conociendo al detalle las inmensas dificultades que entrañan la producción y moldeado del acero de crisol, puede juzgarse cabalmente el alarde metalúrgico que significa la realización de las expresadas obras.

Otras clases de acero, hierro y fundición se fabrican asimismo, en los diez y seis talleres metalúrgicos que comprende el establecimiento de Essen. Planchas de blindaje, granadas, carriles, bielas, grandes árboles de transmisión—entre los cuales merece citarse uno de 45 metros de largo y de un peso total de 60.700 kilos,—en una palabra, cuantos órganos de maquinaria ó elementos de guerra pueden soñar la industria ó los ejércitos, han hallado en Essen los medios necesarios para convertirse en realidad, sufriendo también la ruda caricia de sus talleres mecánicos, forjas,



Uno de los talleres más interesantes de la fábrica Krupp
Maquinaria para torneear proyectiles



Gran nave para montaje de cañones

martillos y prensas, trenes de laminación, frezadoras y tornos, que lanzan cada día toneladas de hierro domado para el trabajo ó para la muerte.

Y á estos hay que sumar, siempre dentro de la fábrica de Essen, cuarenta y seis talleres dedicados á la construcción de material de guerra, fusiles, cañones, cureñas, espoletas, cúpulas blindadas, proyectiles, todos estos elementos guerreros cuya eficacia tan dolorosamente se está manifestando ahora en los campos de Flandes y en la frontera rusa.

La electricidad necesaria para los diferentes servicios de sus talleres, fuerza, alumbrado, etc., se produce en seis centrales eléctricas, pasando por 22 estaciones de transformadores.

Una idea muy gráfica de la extensión é intensidad de servicio en los talleres, ofrece la consideración de su red ferroviaria, que comprende 151 kilómetros de línea, servida por 56 locomotoras y 2.538 vagones. A su vez la fábrica posee una instalación telefónica de 855 aparatos, entre los que se establecen unas 11.000 comunicaciones diarias.

Para realizar los indicados trabajos, mover sus máquinas y producir su acero, la fábrica de Essen consume anualmente 275.000 toneladas de hierro bruto y un millón de toneladas de hulla. El gasto de agua de los talleres de Essen excedió en el año último á 19 millones de metros cúbicos, superior en una tercera parte al consumo en igual tiempo de la capital de Sajonia.

Finalmente, anexos á la fábrica están los polígonos de Essen, de Meppen y de Tangerhütte, en los cuales se han ensayado, dentro del año anterior, 4.375 cañones, efectuando con ellos un total de 55.500 disparos.

ooo

Hasta aquí lo que se refiere á la parte puramente industrial de la casa Krupp en

Essen. Pero por otro lado la fábrica de acero fundido lleva realizada una amplia labor de carácter benéfico y social, cristalizada en las siguientes instituciones:

Siete barrios obreros, á los que hemos hecho referencia, compuestos de casas pequeñas, lin-

das, con tejados enhiestos que recuerdan la arquitectura clásica de aquella región; otro barrio para los jubilados é inválidos de la fábrica, en el cual figuran cinco casas asilo para viudas y huérfanos. Todas estas colonias ofrecen 7.000 viviendas para familias, cada una con su pequeño jardín que las mujeres siembran de alfalfa, miosotis y tulipanes. Para obreros solteros tiene la fábrica dispuestas cuatro hospederías con 1.224 habitaciones.

Una cooperativa de consumo con 136 almacenes y despachos, once cervcerías, mataderos, tahonas mecánicas, fábrica de hielo, talleres de sastrería, zapatería, etc.

Pertenecen á esta cooperativa una gran cocina de vapor, seis comedores y nueve coches provistos de calefacción para el transporte de comidas.

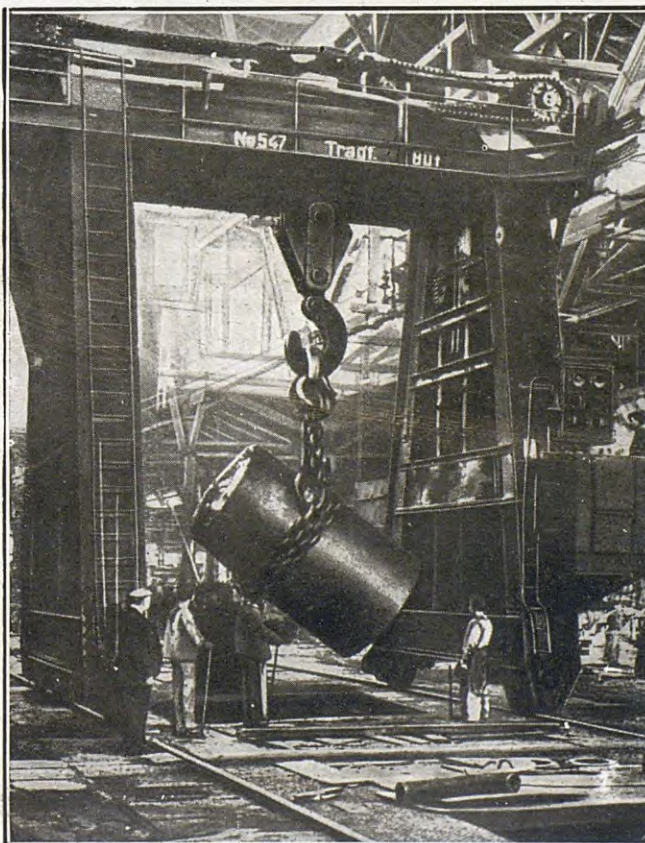
El servicio sanitario, compuesto de un hospital, lazareto para epidémicos, clínica dental, casas de convalecencia, establecimientos balnearios, nueve gabinetes de socorro y una casa de maternidad.

Las instituciones de enseñanza en beneficio de los hijos de obreros y empleados, con escuelas industriales, de economía doméstica y dos bibliotecas dotadas con 148.000 volúmenes, club de gimnasia y esgrima, club náutico y varios jardines de recreo en las colonias obreras. Esto, sin contar los varios institutos creados para la enseñanza de los aprendices.

Y, finalmente, las cajas de ahorro, seguros y pensiones, fundadas varias de ellas con donativos de la Emperatriz y de la familia Krupp, cuyas fundaciones de carácter benéfico suman hoy capitales por valor de 54 millones de marcos.

No hemos querido terminar esta referencia de la casa industrial donde se ha elaborado año tras año la enorme potencialidad militar de Alemania, sin ofrecer también esta breve nota de paz y de concordia, más consoladora en estos momentos de universal tragedia.

RICARDO DONOSO-CORTÉS



Montaje de un lingote de acero

LA ESFERA

EL INVIERNO EN SUIZA



Turistas atravesando un abismo en las montañas de Suiza

SIN duda alguna, de todas las regiones de Suiza una de las más bellas y de las que atraen en esta época del año mayor contingente de turistas adinerados, es el cantón de Grisones. En él yergue su imponentísima grandeza el macizo de los Alpes Réticos que lleva el nombre del Bernina. Está comprendido entre la Pontresina y Samaden al Norte; el *Col de Bernina* y el valle de *Poschiavo* al Este; el valle de Malenco y Sondrio al Sur, y el Paso de Muretto al Oeste. Por su belleza y majestad puede rivalizar dignamente este macizo con los más interesantes de la gran cadena alpina. En sus montañas, semejantes á inmensas pirámides de bruscos ángulos, contrastan el color obscuro ó pardo-rojizo de las peñas con el blanco azulado de los glaciares y con el blanco puro de las nieves existentes en



Aspecto pintoresco del camino del Bernina y del ventisquero del Morteratsch

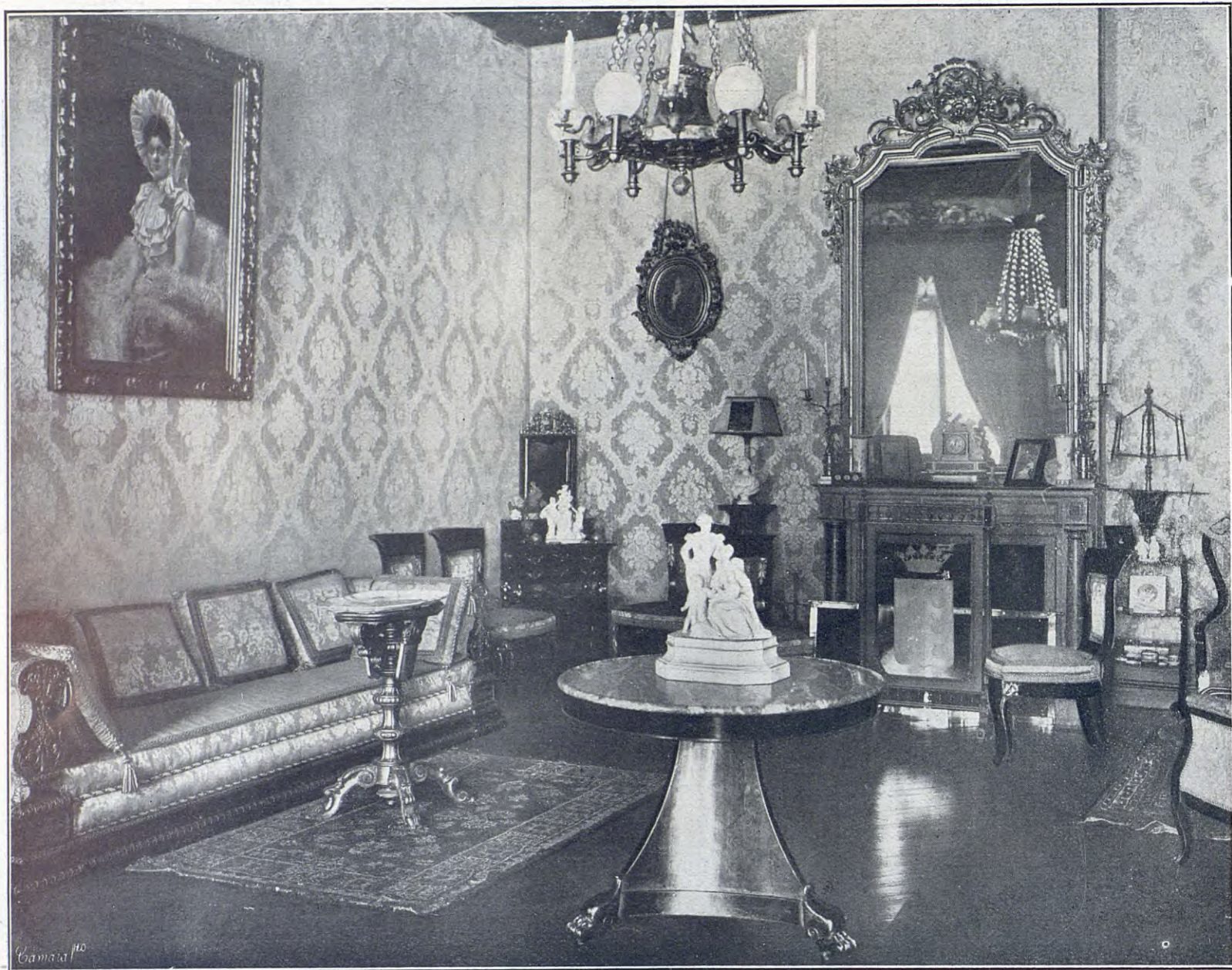
las cumbres; nieves eternas, nieves inmaculadas que la planta humana jamás holló y que atraen con su misterio al insaciable alpinista, pronto á jugarse la vida á cambio de gozar las inefables sensaciones del descubridor de lugares enexplorados. Entre los innumerables picachos y agujas de la erizada cresta, son dignos de citarse: el Cambrera (3.607 metros de altura), Palu (3.911), Verona (3.462), Zupo (3.999), Bernina, punto culminante del grupo (4.052), Morteratsch (3.754), Roseg (3.946), Col de la Sella (3.304), Glüschaint (3.593), Corvatsch (3.458) y Tremoggia (3.452), todos ellos siguiendo la dirección de Este á Oeste. Más de 30 lagos, entre los cuales el más importante es Bianco, contiene el macizo de Bernina, ofreciendo también un magnífico espectáculo los glaciares.

LA ESFERA

ESPAÑA PINTORESCA



CLAUSTRO DE LA COLEGIATA DE SANTILLANA DEL MAR; ESTILO ROMÁNICO DEL SIGLO XII
(Acuarela de Ruiz Morales)



Rincón de uno de los salones del histórico palacio de Guendulain

RESIDENCIAS ARISTOCRÁTICAS

LA CASA DE LOS CONDES DE GUENDULAIN

En sitio principal de la ciudad de Pamplona, se alza la histórica casa de los condes de Guendulain, marqueses de la Real Defensa, barones de Bigüezal.

El noble prócer que ostenta estos títulos es don Joaquín María Mencos y Ezpeleta, que casó con doña María del Pilar Rebolledo de Palafox y Guzmán, duquesa de Zaragoza, marquesa de San Felices de Aragón, y en segundas nupcias con doña Francisca Bernaldo de Quirós y Muñoz Cienfuegos y Borbón, hija de los marqueses de Campo Sagrado y nieta por línea materna de la reina Doña María Cristina, de su matrimonio con el duque de Ríñazares, dama de belleza extraordinaria y de virtudes admirables.

Son los Mencos y los Ezpeletas, familias nobilísimas de Navarra; aquéllos, procedían de Burgos y tuvieron cargos tan honrosos como el de alcaide de la ciudad de Tafalla, donde aún conservan su castillo, y ocuparon asiento en las Cortes de Navarra por el estamento militar, distinción que sólo alcanzaban determinadas familias aristocráticas y que venía a ser lo que la rica-hombría en Aragón; sólo ochenta familias disfrutaban de este privilegio.

Los Ezpeleta proceden de Ezpelete, baja Navarra, y ya en el siglo xiv figuran con cargos honoríficos, alguno de ellos llegó a ser Virrey de este territorio, siendo jefe actual de esta casa el duque de Castro Terreño.

El caserón artístico de que tratamos se construyó el año 1750 por don Sebastián de Eslava, marqués de la Real Defensa, Virrey del Perú, Capitán general de Ejército, y vencedor de los in-

gleses en Cartagena. Luce en la portada con la sobriedad de su estilo, los blasones y armas.

La escalera, monumental, admirable, ostenta dos tapices flamencos.

Una litera, reposa en el sueño de los siglos.

Pasamos a la antesala y los ideales tonos de unos azulejos antiguos, detienen nuestra atención; se hallan admirablemente conservados.

En el salón de armas, se encuentra reunida la familia; es esta pieza la que ofrece más delicioso carácter de época. Sobre la alta chimenea antigua, se lucen bellos ejemplares de Talavera.

Arcones notables, azulejos, el banco de la casa de Guendulain y una vitrina que encierra interesantes documentos, podemos ver en esta estancia.

El cuarto de la condesa, tapizado de rosa, es de una extremada elegancia; el estrado perteneció a la Reina Cristina.

En las paredes se lucen retratos de antiguos condes de Guendulain, y uno bellísimo en que representa Cubells, la linda figura de la condesa.

Un reloj de Sevres, una preciosa bandeja de porcelana de la fábrica del Retiro, relieves y dos muebles pequeños con aplicaciones de plata, avaloran la habitación.

En la alcoba matrimonial hay un curiosísimo tapiz con la esfige de Santa Teresa, un retrato del conde de Ezquiel y otro de la marquesa de Campo Sagrado.

El reclinatorio, linda obra de talla, fué de la Reina Cristina y hay también un magnífico grupo

escultórico, representando al conde de París, con el duque de Orleans.

El salón de baile es hermoso: cubiertas de tapices flamencos sus paredes, adornado de ricas arañas; encierra una sillería dorada, puro Luis XV; mesa Imperio procedente del Palacio de Aranjuez y sobre ella una caja de concha en la que se guardan miniaturas de familia.

Dos jarrones magníficos, regalo de Luis Felipe a la Reina Cristina, un reloj de porcelana sobre artístico bargueño y tapetes de rica sedería.

En una vitrina se lucen bronce y barros de Pompeya que ofreció el Rey de Nápoles a Doña María Cristina.

En un cuarto próximo hay una soberbia cama de madera con cuatro monumentales águilas, de gusto algo presuntuoso, pero disculpable en su grandeza; esta cama es procedente también del Palacio de Aranjuez.

Sobre una mesa Regencia, vemos un bello tocador con adornos de plata y en dos testeros los retratos de los Reyes de Nápoles.

En el comedor hay más tapices, arcones, tallas y unas hermosas sillas de roble, detrás de las cuales se leen los apellidos de la casa, repartidos uno en cada una hasta el número de doce.

Plata antigua en candelabros, jarrones, fuentes y centros de mesa.

El despacho del Conde encierra entre otros objetos de arte, unos cobres, admirables pinturas holandesas.

En el oratorio hay un San Agustín de Ribera; cartas de la venerable María de Agreda, de San Francisco Javier y de Santa Teresa a la hermana



Dos detalles de la sala de armas de los condes de Guendulain

de un conde de Guendulain; una Santa Cristina pintada por López y un San Agustín de Fortuny.

En la inscripción de una cruz, se lee que perteneció a don Pedro Portocarrero, y hay un bellísimo retablo de plata de un metro de altura, obra del siglo XVIII.

En una vitrina admiramos un sorprendente crucifijo que construyó el Greco con una custodia que hizo él mismo.

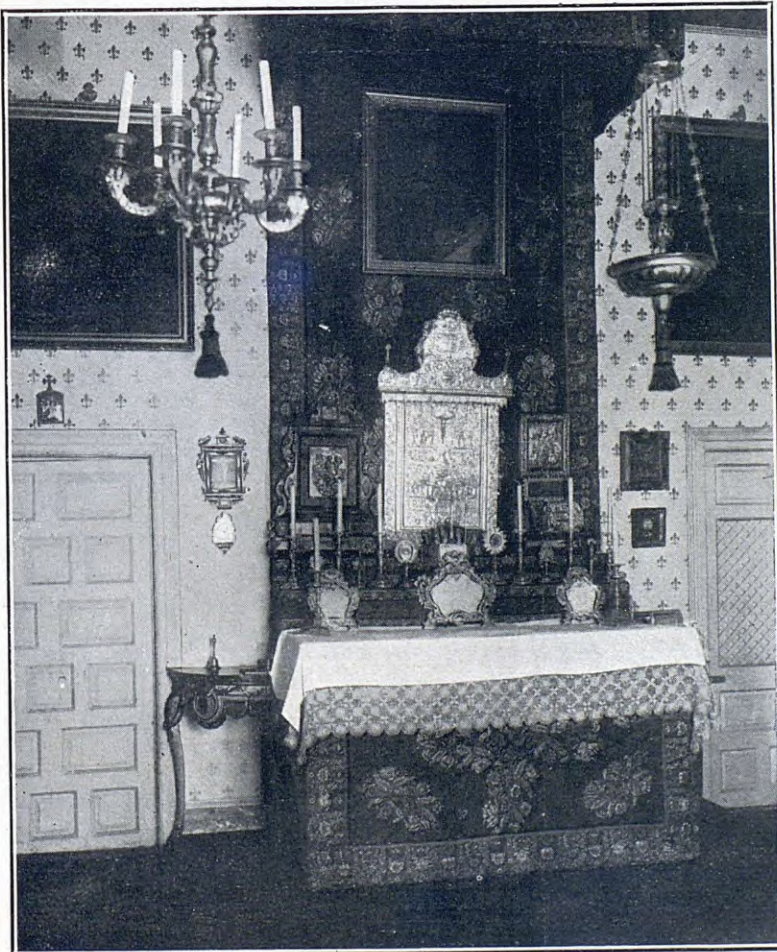
También se guardan aquí la cota de malla que usaba como cilicio la venerable María de Agreda; un collar de Carlos II del que pende una medalla de oro con el retrato de aquel Monarca, y reliquias preciadísimas que la cultura y persistencia del conde han sabido coleccionar.

Diffícil es recordar cuanto encierra el Palacio de los Guendulain; sé que es esta una de las

casas españolas, de Grandes, donde se profesa un culto delicado, exquisito, al arte de épocas pasadas.

El actual conde de Guendulain ocupa asiento en el Senado por derecho propio y heredó la grandeza de España, con los méritos y virtudes que hicieron notables a sus antepasados.

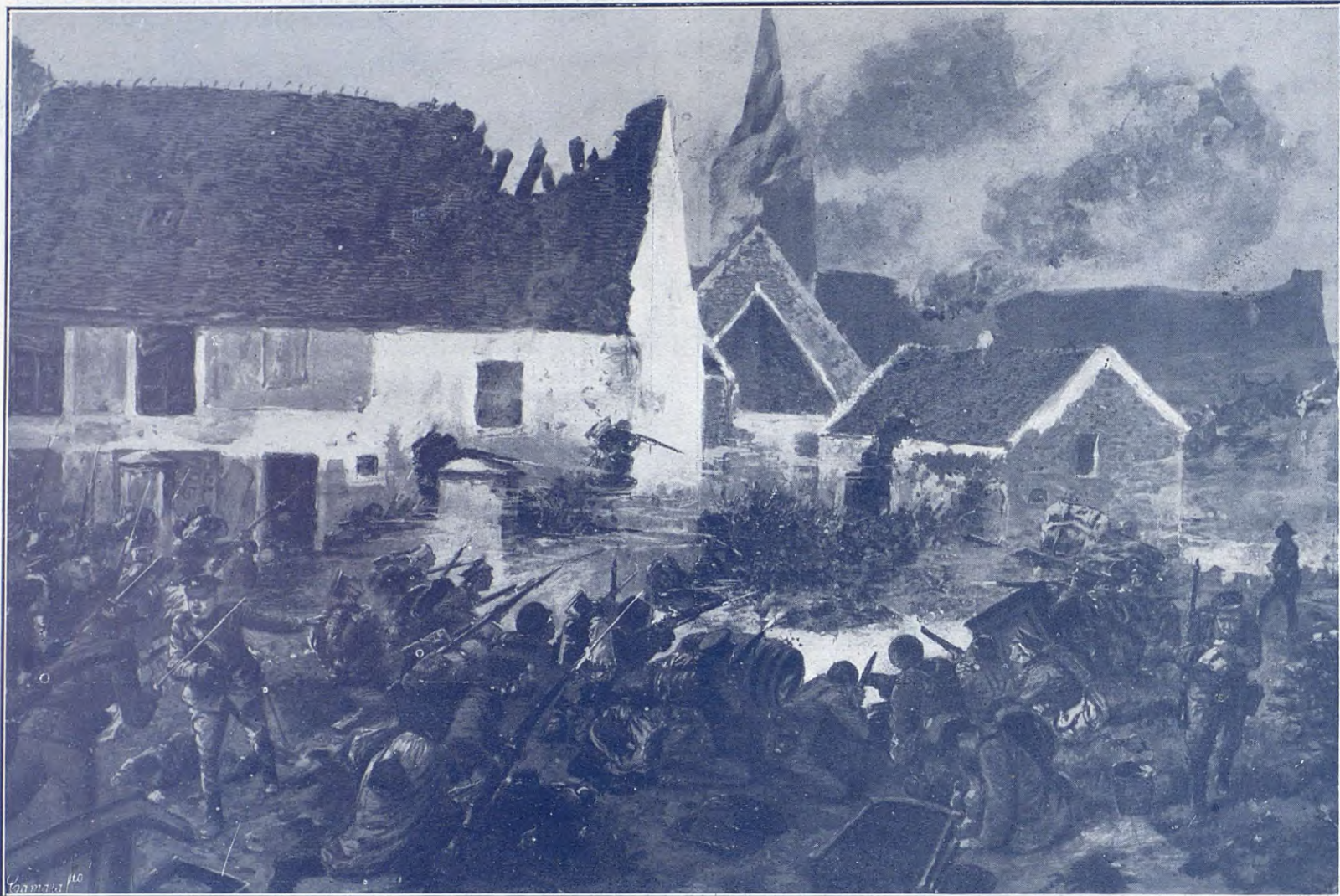
MIGUEL DE LA CUESTA



Altars de la capilla del Palacio de Guendulain

NOTAS DE LA GUERRA

LUCHA INFRUCTUOSA



Encarnizado combate entre las fuerzas franco-argelinas y las germánicas, en un pueblo del distrito de Brie, cuya posesión se disputaron durante una semana en la batalla del Marne

TRAS cuatro meses de rudo pelear, utilizando todos los elementos destructores que la Ciencia aportó a las bélicas artes, salvo la rápida conquista de gran parte del reino belga, ninguno de los beligerantes deja apuntar a sus Estados Mayores directores concepciones geniales que añadan, en el sangriento libro de la Historia de la humanidad, un nombre más en la página de los grandes capitanes.

Sólo Hindenburg en la zona oriental del teatro europeo de la lucha, merece el calificativo de estratega por el acierto con que ha manejado sus tropas, concentrándolas con rapidez y éxito en los puntos vulnerables de la línea enemiga y llevando las asolaciones de la pelea al territorio del contrario.

En Flandes, germanos y aliados conservan sus millones de combatientes en extensos frentes sinuosos, fortificados sólidamente. Guerra de trincheras, guerra de topas, en mutua defensiva, con leves irrupciones ofensivas.

Tres líneas de baterías bombardean con escasas interrupciones los poblados y trincheras del enemigo. En la primera línea, la artillería ligera de campaña bate con la rapidez de su fuego de shrapnel las masas de fuerza del contrario, si intentan abandonar sus guaridas terrosas; detrás, la artillería pesada envía sus destructores proyectiles a grupos de reservas o bombardea edificios en los pueblos desdichados que sufren día tras día los rigores de esta cruenta lucha, y una tercera línea de baterías de grueso calibre, emplazadas a más de media docena de kilómetros del blanco escogido, derrumba monumentos, incendia barrios, aniquila pueblos.

Desolación y ruinas, quedarán cuando la pelea finalice, en esa costera región que es hoy la Covadonga belga y la fronteriza zona francesa.

Tal vez requeridas por la intensidad de la lucha de la Prusia oriental a la Galitzia austriaca, gran número de fuerzas teutonas que combatían en Occidente fueron rápidamente transportadas



Soldado alemán recibiendo órdenes telefónicas en una trinchera

a Oriente, para engrosar las huestes victoriosas del veterano Hindenburg, y esta debilitación de la línea en la zona franco-belga, ha traído como consecuencia una pasividad defensiva que ha paralizado la lucha intensa que no ha mucho marcaba claramente que el objetivo germánico era de momento la costa del Mar del Norte hasta Calais. Mas en la guerra los objetivos son circunstanciales y hoy por hoy no parece que los germanos persistan en aquel empeño tenaz que tanta sangre costó a sus valerosos y aguerridos ejércitos. Sostienen las líneas ocupadas, como lindero defensivo de los territorios ocupados y como valla de contención para que los fragores y tristezas de la lucha no lleven su sangriento dominio a los pueblos de la libre Germania.

Los aliados no tienen plan definido; su acción se subordina a las iniciativas alemanas. Esperan pacientemente las impulsiones teutonas para desbaratarlas con sañudo coraje.

Días enteros para conquistar, palmo a palmo, un centenar de metros. Y en este flujo y reflujo de conquistas y retiradas, lo que un día es de Germania, vuelve a ser al siguiente de franceses, ingleses, indios o argelinos; la línea, que fué recta, forma hoy un conjunto irregular de entrantes y salientes y nada hace sospechar que esta perenne batalla de Flandes tenga un próximo fin, por la intervención de un genio de la guerra. Y mientras en este frente los ejércitos se estacionan y el que se aventura a salir de sus trincheras confortables, queda deshecho por la metralla, entre el ziz-zag pintoresco de canales y arroyuelos, en la zona oriental el *rodillo ruso* se retira a la línea Norew-Vístula, para volver a avanzar, quizás, hasta la germana de Thorn-Posen; balances de péndulo, que como en Occidente, nada definen, como no sea el aniquilamiento persistente y continuado de los beligerantes, que llevan camino de terminar esta cruenta lucha sin vencedores ni vencidos.

CAPITÁN FONTIBRE

ESPAÑA MONUMENTAL Y ARTÍSTICA



PINTORESCA VISTA DEL ALCAZAR DE SEGOVIA

FOT. LÓPEZ BEAUBÉ

LA VIDA ARTÍSTICA

UNA EXPOSICIÓN DE HUMORISTAS

EN el número anterior de LA ESFERA hablábamos del renacimiento de la caricatura española. Hoy hemos de aducir nuevas pruebas indudables de ese renacimiento y hemos de demostrar cómo el concepto de «caricatura» se amplifica, se engrandece y diversifica transformándose en «humorismo».

Una exposición de humoristas se ha inaugurado recientemente en el nuevo local adquirido por el editor de música D. Ildefonso Alíer en el número 8 de la Plaza de Santa Ana. Bondadosamente han hecho sonar mi nombre los periódicos con motivo de esta exposición. El éxito no me corresponde; el éxito es únicamente obra de los trece artistas que he logrado reunir, escogiéndoles, seleccionando sus envíos, procurando que presentaran un conjunto interesante y en el que las personalidades artísticas de todos ellos apareciesen claramente delimitadas.

Faltan en este brillante certamen algunas firmas tan estimadísimas del público como las de los expositores, pero no es culpa nuestra. Estos dos ó tres artistas no han podido enviar obras por falta de tiempo y sobra de trabajo, ese trabajo cotidiano tan abrumador que pesa, por ejemplo, sobre *Sileno* y *Tovar*.

Sin embargo, no será ésta la única exposición de humoristas. A ella seguirán otras y poco á poco irán desfilando por la casa Alíer todos los dibujantes satíricos y humorísticos de España. Comentemos ahora brevemente los envíos de los trece artistas que figuran en la exposición actual.

“Echea”

Enrique M. Echevarría, que ha popularizado en LA ESFERA el seudónimo de *Echea*, presenta cinco obras tituladas: *El divo*, *Salomé*, *La alegría de Flandes*, *Nieve* y *El pintor Anselmo Miguel Nieto*.

Un irreproachable buen gusto,



MANUEL BUJADOS
Autocaricatura

Una exposición de humoristas se ha inaugurado recientemente en el nuevo local adquirido por el editor de música D. Ildefonso Alíer en el número 8 de la Plaza de Santa Ana. Bondadosamente han hecho sonar mi nombre los periódicos con motivo de esta exposición. El éxito no me corresponde; el éxito es únicamente obra de los trece artistas que he logrado reunir, escogiéndoles, seleccionando sus envíos, procurando que presentaran un conjunto interesante y en el que las personalidades artísticas de todos ellos apareciesen claramente delimitadas.



RAMÓN MANCHÓN

en *Echea* la retina, el cerebro y la mano van siempre acordes.

De las obras presentadas en esta exposición, las dos más notables son *El divo*, en que resplandece toda su característica riqueza de color y la caricatura personal de Anselmo Miguel Nieto, que es sencillamente prodigiosa.

Ricardo Marín

Es el dibujante de las elegancias, de las cosas fugaces, de los móviles y cambiantes aspectos que, al ser fijados por su pluma inquieta y nerviosa, siguen vibrando y como

agitados por la vida misma que tuvieron con brevedad de relámpago ante los ojos del artista.

El nombre de Marín evoca siempre mujercitas frívolas, vestidas á la última moda y siluetas de toreros saltando elásticos ante la masa maciza de un toro. Y también fantasías caballerescas del siglo XVII, galantes del XVIII ó los comentarios admirables de las aventuras de *Don Quijote de la Mancha*.

Las seis obras que expone son seis aciertos completos: *Flirteando*, deliciosa silueta de una mujer, toda gallardía y elegancia; *La Virgen del lugar*, trozo de verdadero paisajista, en que los tonos azul y siena con el fondo blanco del papel dan una sensación exacta del sitio y de la hora; *Los Zánganos* y *1808-El cafetín*, dibujados con la gracia minuciosa y ágil de sus mejores obras; *Bombita* y *Gallo pareando*, en el que los aficio-

nados al arte tau-rino ven más cosas aun que los que sólo vemos un bello dibujo...



FRANCISCO GALVÁN

Lo más notable de su envío son *Te tango* y *Te schotis*, de una elegancia y, sobre todo, de un ritmo insuperables; *1614-1914*, donde hay una figura—la de mujer embozada en capa—que es un verdadero prodigio, y *Sube, Mariana, sube*, en la que hallamos reunidos los dos aspectos tan distintos de José Robledano: el de paisajista, que ve la Naturaleza en toda su grandiosidad, y el de caricaturista, que ve á la humanidad deformada y ridícula, como si los defectos y villanías íntimos, surgieran á los rostros y desnudaran los cuerpos.

Ramón Manchón

Lentamente, con una seguridad y una confianza en sí mismo, que pocos artistas poseen, Ramón Manchón ha ido domando su arte y lo ha llevado á la perfecta é inmejorable belleza que tiene ahora. No es un humorista regocijado; no es un alegre contemplador de la vida. La mira enfermo de melancolía, desgarrado interiormente por una incurable amargura. Si este artista escribiera versos, las sombras de Leopardi y de Heine vagarían por entre sus estrofas. El hombre sale siempre grotesco, infamado de sus lápices. No recordáis de Manchón ninguna silueta de hombre que sea simpática. En cambio las mujeres son casi siempre adorables. Como ejemplo de ello, ved el dibujo *Matrimonio* ó el titulado *La hora verde*.

Tanto esas dos obras, como *La vieja lila*, *¡Siempre solas!* y *Patro y Petro, bailarinas*, son aciertos indiscutibles. Pero lo más admirable de todo lo que presenta y quizás la obra culminante de toda la Exposición, es el dibujo titulado *No hay edad para el romanticismo*, que es una obra rotunda, definitiva.

“Tito”

Tito es popularísimo. Su nombre se asoma á todas las revistas, á todos los periódicos. Hay en él dos aspectos perfectamente separados: el cómico y el revolucionario. En ninguno de los dos es fácil superarlo. Ante sus dibujos humorísticos, la risa brota espontánea, jocunda; ante sus páginas trágicas, sangrientas, retrocedemos avergonzados de ser hombres.

Y sin embargo, en nada recuerdan unas obras á otras. Pero conocéis al artista, habláis con él varias veces y comprendéis entonces cómo es posible este desconcertador dualismo. Hijo de un gran filósofo y de un hombre todo bondad, don Nicolás Salmerón, *Tito* es como todos los revolucionarios, como todos los rebeldes por convicción, un gran romántico, y al comprender que son ineficaces las armas de combate y las trági-



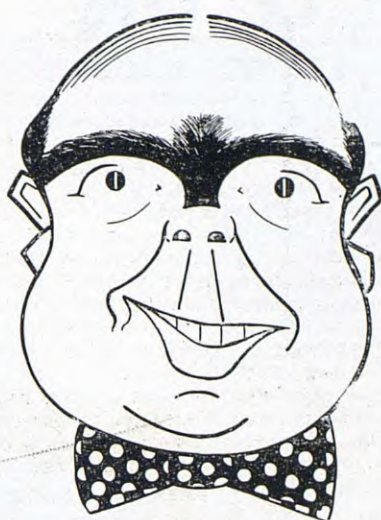
FERNANDO G. FRESNO
Autocaricatura

José Robledano

En Robledano, lo primero que resalta es el regocijo interior, la voluptuosidad que le causa su arte. Incluso en esas páginas dolorosas, atormentadas, de la vida miserable que nadie interpreta como él, vemos que si el hombre ha sufrido, el artista sintió un profundo deite copiando la vida y contorsionándola para afirmar más el propósito jocoso ó revolucionario que le informa.



SEBASTIÁN MIRANDA



JUAN ALCALÁ DEL OLMO

Autocaricaturas



FELIPE MÁRQUEZ



FRANCISCO ASOREY

cas arengas de motín, da á los humildes, á los oprimidos, unos ratos de regocijo y de risa.

Y cuando las damas elegantes, cuando los niños de familias ricas contemplan esos regocijados dibujos titulados *¡He cogido la maciza!*, *Salir por pies* y *¡Beatus ille!* no saben que detrás de esos aspectos cómicos se oculta un hombre triste, vestido siempre de negro, que sueña con una humanidad futura donde sólo existiera la paz y el amor. El alma de ese hombre está en el dibujo admirabilísimo, titulado *Rendezvous*.

Fernando G. Fresno

En estas mismas páginas hemos alabado varias veces el arte de Fresno. Aun á riesgo de herir vanidades de compañeros suyos, no vacilo en afirmar una vez más que nadie alcanza su pasmoso dominio de los rasgos fisonómicos. Las caricaturas personales de Fresno dan la sensación exacta de la persona á quien representa. En sus álbumes están contenidos diez años de vida española. Actores, actrices, políticos, escritores, toreros, cupletistas, pintores, hombres de ciencia, mendigos, aristócratas, los mismos Reyes de España y todas cuantas figuras extranjeras han pasado por España durante ese tiempo, las hallamos reproducidas en los dibujos de Fresno.

Es un admirable y gráfico historiador de su época. Así como para encontrar el siglo XIX en toda su palpitante sensación de vida, hemos de recurrir á los cuadros de don Federico de Madrazo, para encontrar todos los hombres y mu-

jes célebres ó simplemente conocidos de principios del siglo XX, habríamos de hojear los álbumes de Fresno.

Fresno expone las caricaturas de Benavente y de Galdós, dos asuntos titulados *En la aldea* y *En el restaurant* y otras dos caricaturas, *El día*



TOMÁS PELLICER

Autocaricatura

de San Luis y *Aristocracia*, donde hay dos aciertos estupendos, pero cuyos nombres sólo se dicen en voz baja.

Manuel Bujados.—Juan Alcalá del Olmo.

He aquí dos artistas inéditos, pero que surgen públicamente cuando ya están formados.

Opuestísimos ambos de técnica y de ideologías, son ambos admirables y han sorprendido y encantado por igual al público y á la prensa.

Manuel Bujados es un apasionado de las languidas decadencias y de los suntuosos refinamientos. Diríase un hermano de Aubrey Beardsley que hubiera aprendido en Edmundo Dulac los fondos para sus mujeres enojadas, sus bizantinismos á lo Moreau, sus monos frívolos que se sientan sobre lacas reflejadoras...

En cambio Juan Alcalá del Olmo es un burlón jocundo y contagioso. Ríe siempre, siempre, y todo lo ve á través de su concepto epicúreo de la vida. Es, además, un formidable colorista y sus dibujos son verdaderos modelos de pintura decorativa.

Todas admirables, las mejores obras de Bujados son: *El Triunfador*, *El otro canto del baile* y *El pecado de Sor Felicia*. Las mejores obras de Alcalá del Olmo: *El Paraíso*, *Aquelarre*, *El sacrificio de Isaac* y el conjunto de apuntes titulado *Pequeñeces*.

Pellicer, Márquez, Galván.—Los escultores Miranda y Asorey

Tomás Pellicer ratifica ahora aquellas excelentes cualidades de caricaturista personal, que tuvimos ocasión de ver en dos exposiciones de

Casa Iturriz y que le valieron el premio del Concurso de *El Imparcial*, recientemente.

Al igual que Fresno, Pellicer sabe sorprender el rasgo característico, la actitud precisa, incluso el vestido más representativo de la persona á quien caracteriza. Y, además con una elegancia, con una distinción extraordinarias. En este sentido presenta dos caricaturas admirabilísimas Pellicer: una de señora, y otra titulada *Profesora de tango*. También expone una página de verdadera gracia y de agudísima observación: *Un domingo en la Glorieta*, que también ratifica el otro aspecto de caricaturista de ambientes y multitudes.

Galván, cuyo arte es conocidísimo en LA ESFERA, da una nota nueva y originalísima de dibujos deportivos, en que todo, hasta los marcos, están en caricatura, y una caricatura de Pastora Imperio muy notable.

Felipe Márquez, que comparte con *Karikato* las caricaturas militares, expone cuatro obras á cual más interesante y decorativa: *Equitación*, *Venus y Marte*, modernos. *El marqués de Viana*—que es un verdadero acierto—y *La dama del coche*, dibujo elegantísimo.

Por último, los escultores Sebastián Miranda y Francisco Asorey han enviado varias estatuas cómicas que han sido muy celebradas.

Tal es, á grandes rasgos, la Exposición de Humorismo con la cual hemos procurado contribuir á que el público se dé cuenta del renacimiento de la caricatura española contemporánea.

SILVIO LAGO

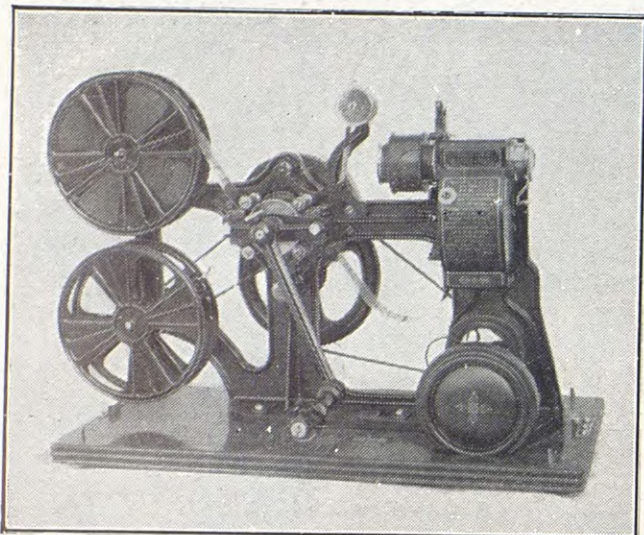


"ECHEA"
Autocaricatura



JOSÉ ROBLEDANO
Autocaricatura

EL MEJOR REGALO UN "KOK"



Al llegar esta época de Pascuas, adviértese en los padres de familia una verdadera perplejidad para cumplir con la tradición del regalito de juguetes. Los Reyes Magos pierden prestigio é inventivas y á esta generación de sabios con semblantes de serafines, no la seducen ya, lo que nos enloqueció á nosotros; ni los payasos de cartón, ni los ciclistas, ni los muñecos, ni las bridas con cascabeles, ni los carritos de la basura con pala y conductor de ojos extáticos tan fáciles de desteñir, ni teatros con bastidores de papel y caña, ni tiras de soldados. A los nenes de hoy habrá que obsequiarlos con tratados de química orgánica ó biológica, ó ciencia social; pero por si esto es prematuro y quedan todavía niños de la antigua especie, puede hacerseles un regalo magnífico, tan sorprendente como culto; esa preciosa novedad que no es ya juguete, pero que sirve para abstraer á las criaturas y hasta distraerlas de los atracones de estos días, con lo cual se sienta hasta un principio higiénico. :: El cine **KOK**, esa máquina maravillosa, que por el poquísimos dinero que cuesta, reproduce en cualquier espacio, en habitación grande ó pequeña, todas las sorprendentes escenas de la cinematografía. Viajes, vistas, asuntos dramáticos ó cómicos, proyecciones científicas, risa y seriedad, todo, todo lo encontraréis en el cine **KOK**

Películas ininflamables. :: Baratura en el coste del aparato. :: Cintas de gran interés. No hace falta para las proyecciones tener instalada en la casa la luz eléctrica, puesto que el aparato por sí solo, se suministra el fluido.

No lo olvidéis. El mejor regalo de reyes. El cine **KOK**

Representantes de la casa
PATHÉ FRÈRES, de París

VILASECA y LEDESMA.-Mayor, 18, entresuelos.

EVITANSE
TRATANSE
CURANSE
TODAS LAS ENFERMEDADES
DE LAS

Vias Respiratorias
con el empleo de las

PASTILLAS VALDA
ANTISÉPTICAS

Pero no se responde del éxito sino empleando

LAS VERDADERAS
PASTILLAS VALDA

EXIJANSE PUES

en todas las farmacias

En CAJAS de à Ptas. 4.50

con el nombre VALDA en la tapa

y nunca de otra manera

AGENTES GENERALES: Vicente FERRER et C^{as},
BARCELONA.

Fórmula:
Menthol 0.002
Eucaliptol 0.0005
Azúcar-Goma.

K Â U L A K
FOTÓGRAFO

ALCALÁ, 4

MADRID



LES ESSENCES - SAVONS -
POUDRES DE RIZ
EAUX DE TOILETTE - LOTIONS

DES

PARFUMERIES

AZUREA

FLORAMYE

POMPEIA

GERBERA

SONT TRÈS APPRÉCIÉS
PARCE QU'ILS SONT
SUAVES, TENACES
DÉLICATS

Se admiten suscripciones y anun-
cios para este periódico en la

LIBRERIA DE SAN MARTIN
PUERTA DEL SOL, 6

MADRID

Venta de números
sueños



Jabon

Flores^{del} Campo

Creacion de la "Perfumeria **FLORALIA**"
Granada 2, MADRID.

Supera á lo mejor extranjero.



CARLOS **PRAST** y Herm.^s
ULTRAMARINOS Y CONFITERIA

EXQUISITOS ARTICULOS
PARA

REGALOS de NAVIDAD

Mazapanes • Turrone • Jaleas
CHAMPAGNE DE TODAS CLASES

ARENAL, 8 • Teléf. 283 • MADRID

Inmenso surtido en cestas

DESDE 30 PESETAS

HASTA 4.000 PESETAS